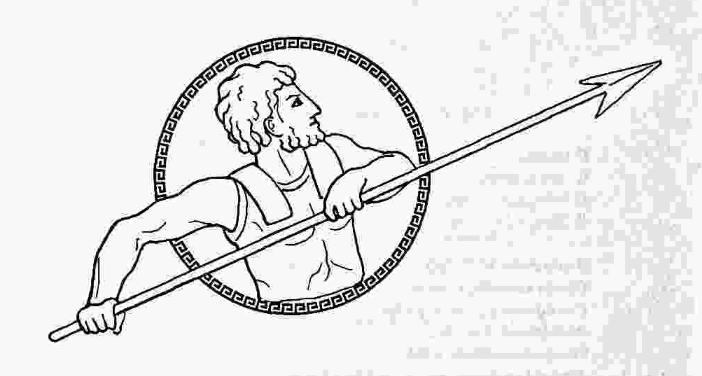
LA FUNDACIÓN DE
TEBAS



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Pilar Mas
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8889-9
Depósito legal: B 9216-2017

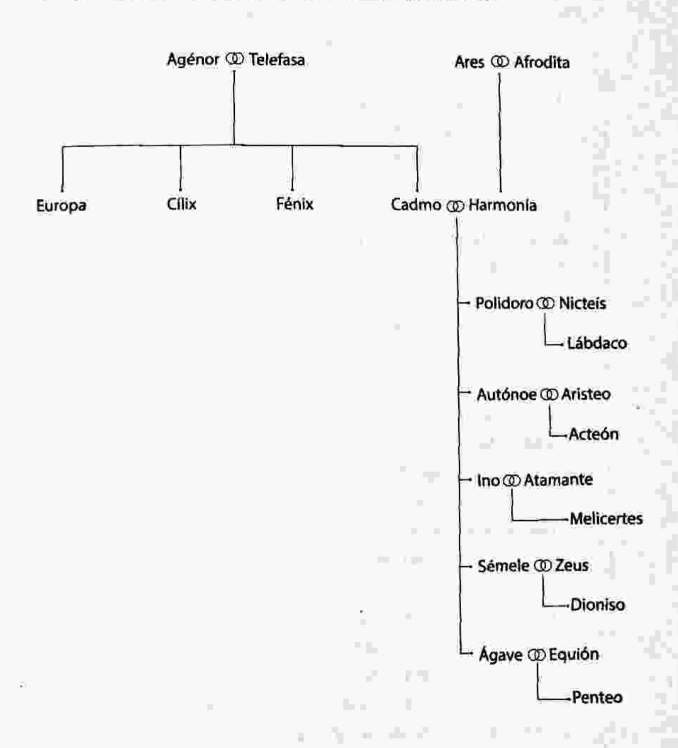
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Muerta Telefasa, Cadmo la enterró, y después
de haber sido hospedado por los tracios se dirigió
a Delfos para preguntar por Europa. El dios
le contestó que no se ocupase de ella sino que con
una vaca como guía fundase una ciudad
allí donde el animal cayera agotado.*

Biblioteca, Apolodoro, libro III, 4

Genealogía de la familia real de Tebas



Dramatis personae

Reino de Tiro

Agénor – rey de Tiro, padre de Cadmo.
Telefasa – reina de Tiro, madre de Cadmo.
Cadmo – príncipe de Tiro, fundador de Tebas.
Europa – hija de Agénor y Telefasa, raptada por un toro.
Cílix – hermano de Europa, fundador de Cilicia.
Fénix – hermano de Europa, fundador de Fenicia.
Taso – hijo de Poseidón, tío de Europa.

Dioses olímpicos

Zeus – dios del trueno y rey del Olimpo.
Hera – vengativa esposa de Zeus, diosa del matrimonio.
Atenea – hija de Zeus, es la diosa de la guerra y las artes.
Ares – dios de la guerra, padre de Harmonía.
Afrodita – madre de Harmonía, diosa del amor.
Hefesto – esposo de Afrodita y dios de la fragua.
Hermes – mensajero de Zeus.
Apolo – dios de la luz y de la música.
Ártemis – hermana de Apolo, diosa de la caza y de los bosques.
Hestia – divinidad del hogar.
Poseidón – señor de los mares.
Deméter – diosa de la agricultura.

La estirpe de Cadmo

Harmonía – diosa de la concordia, esposa de Cadmo.
Sémele – hija de Cadmo y Harmonía, muere calcinada por Zeus.
Dioniso – dios del vino, hijo de Sémele y Zeus.
Autónoe – hija de Cadmo y Harmonía, bacante de Dioniso.
Ino – hija de Cadmo y Harmonía, cuidadora de Dioniso.
Polidoro – hijo de Cadmo, heredero del reino de Tebas a la muerte de Penteo.
Ágave – hija de Cadmo y Harmonía, madre de Penteo, esposa de Equión.
Penteo – rey de Tebas, asesinado por su madre y su tía Autónoe.

Seres de origen divino

Dragón de Ares – serpiente que custodia una fuente sagrada.
Espartos – hombres sembrados, nacidos de los dientes del dragón.
Equión – jefe de los espartos y mano derecha de Cadmo.

1

Tras el rastro de Europa

Como si aún fuera el niño que tantas veces había corrido por aquella playa tan cercana al palacio de Tiro, Cadmo cruzó veloz sobre la arena para alertar a sus hermanos. Lo había visto en la lejanía, desde las rocas, y no entendía cómo ellos, que estaban más cerca, no habían percibido la presencia del toro. Sentía el corazón latiendo con fuerza en su pecho, la angustia presionando su corazón y le parecía como si la escasa distancia que lo separaba de su objetivo se multiplicara por diez a cada paso que daba. En un descuido, tropezó con una gran roca, que lo hizo caer al suelo. Pero a pesar del daño en las rodillas y la falta de aire en los pulmones, el joven se levantó de un salto e intensificó el esfuerzo. Pronto alcanzó la zona de dunas, donde comenzaba a crecer la maleza, y entonces pudo distinguir una cabeza entre dos montículos. A pesar de la falta de aire, comenzó a gritar. Sus palabras, ahogadas por

el esfuerzo de la carrera, sonaron entrecortadas mientras se acercaban sus dos hermanos.

—¡Cílix! ¡Fénix! ¡Corred! ¡Se llevan a Europa!

Los tres corrieron hacia la orilla, donde las sirvientas gritaban y agitaban los brazos solicitando ayuda, pero ya era tarde. Europa, su bella hermana, galopaba a lomos de un toro blanco que la llevaba mar adentro. Cílix, el que mejor nadaba, se lanzó al agua, seguido por Cadmo y Fénix, que, sin aliento, apenas pudieron dar varias brazadas antes de hundirse a la altura del rompeolas. Fue inútil. La piel del toro refulgía entre la espuma y las aguas parecían apartarse a su paso, mientras la joven parecía no resistirse, presa de una extraña mezcla de admiración y miedo. A pesar del impulso de las anchas espaldas y los musculosos brazos de Cílix, el joven tragó agua y sintió cómo perdía la fuerza. Cegado por la sal del mar embravecido y por el envite de las escarpadas olas, tuvo que abandonar mientras veía, sin poder evitarlo, cómo aquel ser se alejaba con su hermana rumbo al horizonte azul.

Cuando llegaron a la sala del trono, el rey Agénor arengaba a uno de sus guardias, que, tras un rápido saludo, salió precipitadamente del palacio con una cuadrilla de hombres. Junto a las doncellas que habían visto cómo el toro blanco se había llevado a la princesa, la reina Telefasa lloraba desconsolada imaginando el destino que aguardaba a su hija en manos de aquella bestia. Cadmo corrió a abrazar a su madre mientras sus hermanos, aún trastornados, se dirigían a su padre. De pie, en el monumental salón cubierto de tapices, Agénor los miró con reproche, como si los culpabilizara de haber dejado sola a Europa aquella tarde. En sus ojos se

notaba la furia y la impotencia de intentar luchar contra lo que, intuía, era un acto amparado por la complicidad de los dioses. Tras explicarles lo sucedido a sus hijos, el monarca se mostró implacable.

—¡Tendríais que haberla protegido! ¡Mi hermosa y amada hija! —se lamentó—. Salid de Tiro y no os atreváis a regresar sin ella. ¡Llevaos a cuantos soldados necesitéis y arrebatádsela a ese monstruo! Juro que daré orden a mis guardias de que os prohíban el paso al reino si no regresáis con Europa sana y salva.

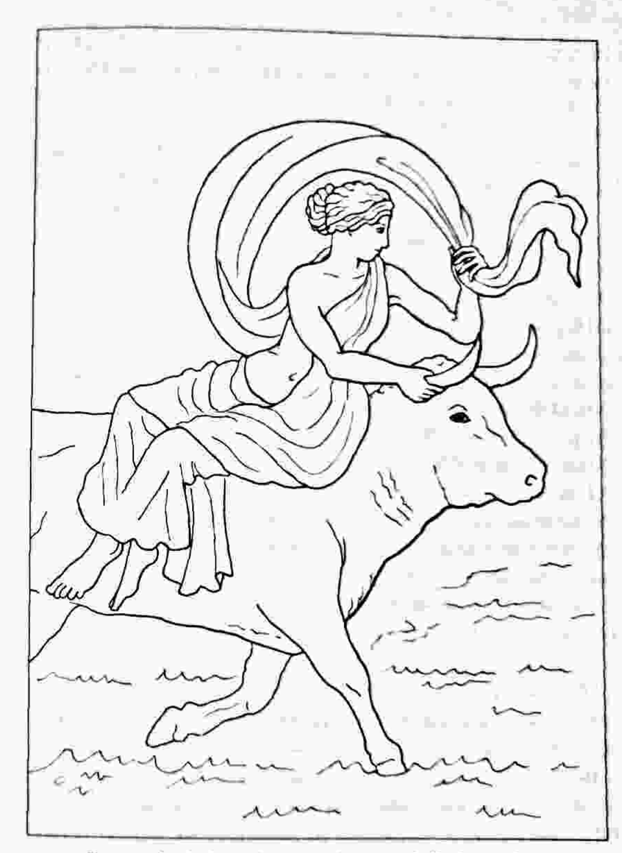
Y dicho esto, los conminó a no perder más tiempo y partir en busca de su hermana. Tras oír el mandato de su esposo, Telefasa dejó de llorar y se apartó de inmediato de los brazos de Cadmo. Dio unos pasos decididos hacia al rey y, sosteniéndole esa mirada inflexible que tantas veces había visto atemorizar a sus súbditos, le pidió que le permitiera marchar con sus hijos, pues no podría soportar la idea de perderlos a todos. Agénor la miró con sorpresa. ¿Y él? ¿Podría soportarlo? Sin mediar palabra, se sentó en su trono y sopesó la situación, mientras Telefasa, suplicante, se asía a sus rodillas. Miró sus ojos que, llenos de lágrimas, habían adquirido el brillo del cristal. Eran del mismo color que los de Europa y lo llevaron a recordar el día en que vio por primera vez el rostro de su hija, sostenida en los brazos de su madre, sonriente y hermosa a pesar del esfuerzo de dar a luz durante horas. De repente, el rey volvió a la realidad. No había tiempo para meditar la petición de su esposa, la vida de Europa estaba en peligro.

—Ve con ellos, mujer, y traedla a casa —dijo apesadumbrado, apoyando la mejilla en las manos de su esposa tras

besarlas—. Los dioses saben que yo mismo también iría a buscarla si de mí no dependiera todo un reino.

∞

Una vez en las afueras de Tiro, cerca de donde habían visto desaparecer a Europa, Cadmo, con ayuda de su tío Taso, un joven navegante de quien algunos decían que era hijo del mismísimo Poseidón, trazó un mapa en la arena en el que situó todas las regiones conocidas y marcó las posibles rutas que podría haber tomado el tórido. Acto seguido, el príncipe levantó la mirada y oteó la inmensidad de las tierras, que se perdían en un horizonte lejano donde solo se distinguían árboles y montañas, a un lado, y la inmensidad del bravo mar, al otro. ¿Hacia dónde se dirigiría un toro que era capaz de nadar? ¿A qué remota tierra habría llevado a Europa? Cualquier decisión que tomaran estaría basada más en la intuición que en los hechos, lo que reducía las posibilidades de éxito. Fénix, que era el hermano mayor y el más impetuoso, los conminó a que no perdieran más el tiempo y, tras tomar un petate lleno de provisiones, comenzó a caminar hacia el oeste, seguido de varios soldados. Pero Cílix, que era mucho más robusto y rápido pues entrenaba a diario en la palestra, lo detuvo de inmediato, con tal empujón que casi lo derriba. A punto estuvieron de enzarzarse en una pelea si no llega a ser porque Telefasa les ordenó, con la autoridad de una madre que solo quiere encontrar a su hija, que callaran de inmediato y volvieran al grupo. Cadmo, que ya desde pequeño había mediado entre ambos, llamó entonces a la calma a sus hermanos y, poniéndoles las manos sobre los hombros, los convenció de que no era el momento de



Europa galopó a lomos de un toro blanco que la llevó mar adentro.

disputas y de que tendrían más oportunidades de encontrar a la joven si se dividían y tomaban caminos distintos. La furia que había en los ojos de Fénix se fue apagando, convencido por las palabras de su hermano pequeño, que siempre había demostrado tener más cordura que el resto. Finalmente, los tres estuvieron de acuerdo en repartirse las rutas y juraron que, nada más encontrar a Europa, harían correr la noticia por todas las regiones para que el resto supieran que podían regresar a Tiro sin temor a ser expulsados.

Bajo el sol que empezaba a despuntar, los hombres reunidos por Cadmo y sus hermanos fueron separados en grupos. Una nutrida selección, compuesta por los más resistentes, se colocaron alrededor de Fénix, que tomaría el largo camino hacia el interior. El segundo grupo, con los soldados más experimentados del reino, y el más numeroso, en el que irían Cadmo, Cílix, Taso y Telefasa, partirían en dirección al norte, donde, llegado el momento, los dos hermanos se separarían, uno hacia oriente y el otro hacia occidente, para poder cubrir mejor el terreno. Antes de partir, y tras besar a su madre, los tres hermanos se abrazaron conscientes de que, si no lograban encontrar a Europa, jamás volverían a verse.

◇◇◇

El camino fue largo y tortuoso, no solo por la aridez de las tierras que tuvieron que cruzar durante semanas, sino también por la fiereza del mar que, embravecido, parecía cebarse en el casco del barco que tomaron para recorrer el Egeo. Cadmo y Cílix se afanaron por que su madre estuviera bien durante el trayecto, aunque ni ellos mismos podían evitar sentirse mareados por el temporal. De entre todos los hombres, tan solo Taso parecía inmune a los envites de las olas y se atrevía a permanecer en pie, admirando la espuma blanca que se extendía a ráfagas como un manto sobre la cubierta y disfrutando del combate que más arriba, en los mástiles que desafiaban el cielo, libraban las velas con el viento. Semana tras semana, desembarcaron en algunas islas del Egeo, como Samotracia, donde Cílix recorrió todos los establos buscando un toro blanco. O Rodas, lugar en que su madre y Talos preguntaron durante días a cuanto marinero arribó al puerto, aunque ninguno supo darles una pista. En Melos, Cadmo se presentó ante los nobles y gobernantes de la ciudad para exponerles el objeto de su viaje, mas no halló en ellos ninguna indicación que le sirviera en la búsqueda. Tanto en estos como en otros lugares, fueron muchos los que se ofrecieron a prestarles ayuda y otros tantos los que los tildaron de locos por creer que un toro era capaz de secuestrar a una joven. Fruto de la desesperación, algunos de los hombres que los acompañaban mostraron su intención de desertar y, para convencerlos, Cílix llegó en una ocasión a sacar sus puños, que fueron consecuentemente respondidos, hecho que no hizo más que enfurecer a Telefasa. Pero a pesar del esfuerzo de todos, en ningún lugar obtuvieron una respuesta, ni siquiera un indicio, que les indicara dónde podía hallarse Europa.

Ya en tierra continental, prosiguieron por la costa dirigiéndose hacia el norte. Pero cuando llegó el momento de organizar la expedición hacia el interior de Tracia, Taso reunió a Cílix y Cadmo para comunicarles su intención de quedarse allí y no proseguir la búsqueda. Sus ojos azules, profundos como un océano, se humedecieron al ver la reacción de sorpresa de los hermanos, pero aun así el joven continuó hablando.

—Hasta aquí os puedo prestar mi ayuda, amigos míos —dijo—. Bien conocéis que amo a mi sobrina Europa como a una hermana, mas también sabéis que hasta ahora no hemos logrado ni una pista sobre su paradero. Tal vez yo os sea más útil recorriendo las islas del Egeo, donde quizás tenga mayor fortuna que vosotros en la búsqueda.

El hijo de Poseidón, que tan fielmente había servido a la causa, había meditado durante días y abandonaba la misión. El mar Egeo, que había dejado atrás, lo llamaba como las sirenas llaman a los marineros y sentía la necesidad de quedarse allí, en alguna porción de tierra en medio de las aguas, y fraguar su futuro. Ante la posibilidad de que Europa estuviera en algún islote que no hubieran visitado, Cílix y Cadmo no insistieron más: quisieron pagarle, a lo que Taso, notablemente ofendido, se negó.

—Usad el dinero para encontrar a Europa —dijo—. Y quedaos con Adón y Belo, mis dos mejores hombres. Son fuertes y fieles, no temen el peligro y han dejado a sus familias en Tiro. Irán donde haga falta para entrar triunfantes en el reino de Agénor con vuestra hermana y poder volver a ver a sus hijos y esposas.

Aunque se sentía molesto por el abandono, Cílix, que preveía que la parte más dura del viaje aún estaba por llegar, pidió entonces a su madre que se quedara con Taso.

—Madre, ve con él si lo deseas. El camino a pie por estas tierras inhóspitas pondrá a prueba nuestra resistencia, habrá que dormir al raso y comer lo que cacemos en los bosques. Soportaremos días, tal vez semanas, de sed y de hambre. No es el viaje más indicado para una mujer de tu edad.

Pero Telefasa, que no estaba dispuesta a darse por vencida, replicó a su hijo:

—No voy a abandonar ahora. Si tu hermana se encuentra en Tracia, no me perdonaría nunca haberme quedado aquí. ¿No entiendes, hijo, que ya no hay vuelta atrás? Jamás podremos regresar a Tiro si no es de la mano de Europa.

En ese momento, mientras su madre lo abrazaba en su regazo como a un niño, Cílix se dio cuenta de que si fallaban en su empresa, se convertirían en apátridas, en eternos forasteros condenados a vagar por el mundo en busca de una nueva tierra que los acogiera. Si Europa no aparecía, todos estaban perdidos.

Tras la despedida de Taso, Cadmo, Cílix, Telefasa y el resto de la expedición continuaron en dirección al norte, por una cañada que parecía no acabarse nunca. Cuando el camino terminó, en medio de la nada, atravesaron un inmenso bosque de pinos, plagado de sinuosos senderos, y rodearon dos villas antes de toparse con una explanada que les mostró el duro futuro que los aguardaba. Telefasa, fatigada, se detuvo, alzó la vista y exclamó a los dioses. Allí, delante de sus ojos, se extendía un macizo rocoso que rozaba las nubes y que parecía inaccesible. Tal como Cílix había oído de boca de los lugareños nada más desembarcar en Tracia, aquel sería el trayecto más peligroso: el paso de los montes Antitauros. Pero, ajeno a la realidad, como si nada pudiera detenerlo, Cadmo tomó de la mano a su madre, le ofreció un pellejo con agua, del que esta bebió ansiosa, y la animó a seguir caminando. En cuanto vio que su hermano continuaba con paso firme, Cílix intentó disuadirlo de aquella locura.

—Escúchame —le dijo nada más ver las cimas—, nuestra madre no soportará ese trayecto. Esas montañas son escarpadas y los aldeanos afirman que nadie ha logrado cruzarlas

dos veces. La cara norte es rica en ríos y lagos, pero la sur es casi un desierto. Sigamos por la ruta de la costa.

—No —contestó Cadmo—. La fuerza de nuestra madre se alimenta de la necesidad de encontrar a su hija. Y si los dioses nos han traído hasta aquí es porque quieren que crucemos esos montes. Fíjate en el color de esas cumbres, blancas como el lomo de un toro. Detrás de ellas, debe de haber un gran valle donde pacen las vacas y allí debe de estar nuestra hermana, secuestrada por esa bestia que se la ha llevado.

Cílix se dio cuenta en ese momento de que el deseo de hallar a Europa era más poderoso que la razón, por lo que pidió a Adón que no se separara de Telefasa en todo el camino. El soldado, un fornido muchacho de anchas espaldas y robustas piernas, le dio su palabra de que no la abandonaría, pasara lo que pasara, y que ataría con una soga su cintura a la de la reina de Tiro para evitar que esta cayera por las peligrosas laderas a las que se enfrentarían.

Prepararon agua y provisiones para cruzar las montañas que, en aquella época del año, aún conservaban muchos tramos cubiertos por la nieve. Cadmo gastó una gran suma en adquirir pieles de oso, mantas de lana, píleos para la cabeza y botas de cuero para resguardarse de unas temperaturas que por la noche bajaban hasta helar la tierra. Telefasa, tapada hasta las cejas, se apoyó durante gran parte del trayecto en el hombro de Adón, mientras Cadmo encabezaba la expedición y Cílix la cerraba, acompañado de Belo y otros dos hombres cargados con parte de las provisiones. Cuando ya llevaban casi una semana, alcanzaron la cumbre en el día más frío y observaron desde la cima las tierras que, en la inmensidad de aquella región de la que tanto habían oído hablar, se

extendían ante ellos como una alfombra de colores pardos, verdes y amarillos. Emocionado por el avance de la misión, Cadmo dio la orden de no detenerse e iniciar lo antes posible el descenso por el escarpado desfiladero. Y entonces ocurrió lo que Cílix temía. En la parte más pronunciada del camino, el terreno, limado por el deshielo, se desprendía con facilidad, haciendo que los pies resbalaran al contacto con la arena. Cadmo, cuyas piernas no parecían resentirse a pesar de la distancia recorrida, pasó por un estrecho desfiladero, situado al borde un escarpado talud, por el que solo cabían de uno en uno. A pesar de que logró cruzar con bastante dificultad, los animó a seguir, pasando por alto la fatiga que ya hacía flaquear las fuerzas de todos los expedicionarios, incluida su madre. Uno por uno fueron cruzando todos, dejando a Telefasa la última, ayudada por los poderosos brazos de Adón, que le servían de apoyo. Agotada y temblorosa, con la inseguridad de pisar sobre un terreno que se deshacía a cada paso, Telefasa sintió cómo las pequeñas piedras corrían bajo su suela y de repente todo se precipitaba a su alrededor. Cílix apenas pudo dejar escapar un grito de advertencia cuando la vio tropezar y arrastrar unos metros en su caída a Adón. Soltando su bolsa, saltó hacia el talud y se deslizó como pudo hacia ella.

—¡Madre! ¿Estás bien? ¡Estás tiritando! —gritó al alcanzarla unos metros más abajo, mientras uno de los soldados intentaba llegar hasta Adón, que había logrado agarrarse a unas ramas.

—No es nada, hijo. Solo el cansancio, que ha vencido a mis piernas... —dijo levantándose.

Pero tras decir esas palabras, los ojos de la reina se nublaron como el cielo, un sudor helado comenzó a correr

por su cuello y la imagen de su hijo se desvaneció. Cílix la sostuvo en sus brazos, mientras Cadmo deshacía el camino y se acercaba hasta ellos. Cuando llegó, posó la palma de su mano sobre la frente de Telefasa y no tardó en notar que estaba ardiendo. Ordenó a Belo descargar los petates y montar el campamento en una pequeña explanada para pasar allí la noche. Miró a su hermano y ambos se encomendaron a los dioses: los dos sabían que su madre no vería el amanecer.

◇◇◇

Tras hacer una pequeña ofrenda y decir una plegaria, Cadmo y Cílix, haciendo caso omiso al dolor y al abatimiento, enterraron el cuerpo de Telefasa en aquellas mismas montañas. Sobre la tumba, colocaron una rama de abeto que, adelantándose a la primavera, mostraba una incipiente flor. La tristeza se apoderó de toda la expedición antes de dar el último adiós a la reina de Tiro e iniciar el tramo final del descenso, que Cadmo y Cílix realizaron en silencio, sin dirigirse la palabra ni mirarse a los ojos hasta que alcanzaron las primeras tierras labradas y los olivos dispuestos en hileras infinitas que conducían a una ciudad, diminuta y lejana, hacia donde todos se encaminaron acelerando el paso. A pesar de las ganas, tardarían aún medio día en llegar.

Allí, magullados y con más aspecto de mendigos que de viajeros, consiguieron que les cedieran un establo donde pasar la noche y que les sirvieran algo de comida que, aunque escasa, les pareció lo mejor que habían probado en meses. Estaban en Tracia, pero el precio había sido muy alto. Cílix era ya incapaz de calcular los meses transcurridos desde su partida de Tiro y Cadmo había visto agotarse las monedas que le había dado

Agénor para sufragar el viaje y pagar el sueldo de sus hombres. Telefasa había muerto vencida por el frío, y en todos aquellos meses no habían hallado ni una sola pista que les indicara algo sobre Europa, ni sobre el toro blanco que la había raptado. La desesperación alcanzó a los hermanos, pero fue Cílix quien descubrió que antes había alcanzado a sus hombres.

—Se han ido casi todos —dijo a la mañana siguiente, sentado en la puerta del establo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Cadmo entrando en el cobertizo en el que sus soldados habían pasado la noche.

—No los busques. No están. Solo quedan Belo y Adón, y dos más que han bajado al pueblo con ellos —dijo desde el exterior—. ¡Tenía que pasar en algún momento!

Cadmo pateó mesas y azadas, balas de heno, sacos de legumbres y cuanto encontró a su paso antes de salir y volver junto a su hermano.

—Malditos sean dondequiera que vayan...

—No los culpes —dijo Cílix—. Ya no queda dinero para pagarles y la mayoría están exhaustos, agotados a causa de un periplo hacia ninguna parte que parece no tener fin.

Cadmo lo miró sorprendido mientras se tragaba su rabia, pues observó en los ojos de su hermano la misma desilusión que desde hacía semanas había visto en los hombres que acababan de desertar.

—Dichosa nuestra madre que con su muerte ha evitado la vergüenza de oír la inmundicia que sale de tu boca. ¿Me dirás que tú también quieres abandonar?

Cílix guardó silencio mientras le apartaba la mirada. Cuando sintió el aliento y los gritos de Cadmo delante de su cara, prosiguió:

—Ayer, cuando entramos en esta ciudad y preguntamos, como hacemos siempre, si había llegado alguna noticia de Tiro, supimos que nuestro hermano Fénix abandonó su búsqueda hace meses. Al parecer dijo que ya no tenía sentido seguir...

—¿Y tú crees lo mismo? —preguntó Cadmo, sin mostrar signo de sorpresa.

—¿Y tú no? —le espetó—. ¿No es suficiente con haber perdido a una madre? ¿No te sientes culpable por ello?

Las palabras de Cílix se clavaron en el corazón de Cadmo, que, a pesar del enfado, se sentó a su lado. Respiró profundamente antes de contestar.

—Yo no voy a desistir y tú sabes que no podrás regresar a Tiro sin Europa. ¿Adónde irás, hermano?

—¡Al infierno si hace falta! ¡Al infierno nuestra tierra y esa maldita decisión de nuestro padre! Fundaré mi propio reino si es necesario. ¡Allí mismo! Donde se pone el sol sobre el horizonte, en algún lugar más allá de las montañas.

Cadmo sacudió la cabeza, desilusionado por la decisión que iba a tomar su hermano. Este, que percibió la amargura en su rostro, intentó consolarlo.

—Pero te juro, hermano, que antes de encontrar ese sitio, buscaré a Europa en cada ciudad con la que se topen mis pasos.

Había llegado el momento de separarse. Cadmo miró la tristeza en los ojos de Cílix y se dio cuenta de que aquella era la última vez que vería a su hermano. Con una sonrisa amarga, lo abrazó y le sacudió el pelo, como cuando eran pequeños. Lo comprendía perfectamente, pues él también se había sentido abatido durante el largo viaje. Tal vez se había vuelto loco. O quizás era que la promesa hecha a su

padre y la necesidad de encontrar a Europa pesaban más que sus propios deseos. Pero ahora se encontraba solo. Su madre había muerto, su hermano lo abandonaba y solo quedaban cuatro hombres con los que continuar el errático viaje hacia ninguna parte.

—Está bien, hermano, ese era el plan cuando salimos de Tiro. Sabíamos que en algún momento del viaje tendríamos que tomar caminos diferentes.

Tras despedirse de Cílix, se quedó un largo tiempo viéndolo partir, derrotado, sin un rumbo fijo. Pensó que tan solo los dioses podrían conocer su destino. Y entonces una idea cruzó por su mente.

Reunió en tres sacos aquellos utensilios que consideró más necesarios, abandonó el resto en el establo, y esperó impaciente durante más de una hora a que regresaran los cuatro únicos soldados que habían decido quedarse con él. Cuando empezaba a dudar de su fidelidad, estos aparecieron por el camino y Cadmo se levantó de un salto y los abrazó como si fueran sus hermanos. Prometió que no pararía hasta volver con ellos y con Europa a Tiro y los animó recordándoles que sus esposas y sus hijos los aguardaban con los brazos abiertos en el reino de su padre. Sin apenas dejarlos hablar, les dio unas piezas de oro que aún le quedaban y les pidió que consiguieran un carro y varios caballos resistentes. Tenía un plan: abandonarían Tracia y se dirigirían a la Fócide, pues solo el oráculo de Delfos podía indicarles dónde se hallaba Europa.

2

LA BECERRA Y LA SERPIENTE

El sol, reflejado en el mármol que resplandecía como un diamante en medio de los abetos, cegó al joven Cadmo, que pidió a sus compañeros que detuvieran el carro. Esperó unos segundos con los párpados cerrados y, cuando recuperó de nuevo la visión, pudo confirmar que aquel era el lugar del que tantas veces había oído hablar. ¡El oráculo de Delfos! ¡El santuario en el que Apolo arrojaba la luz de su sabiduría sobre los mortales! La ilusión, fomentada por la esperanza de recuperar a su hermana, volvió a iluminar su rostro y se dio la vuelta de súbito con la intención de proseguir lo antes posible. Sin embargo, el bufido de los caballos y la fatiga en el rostro de sus hombres, polvorientos y con los chitones hechos andrajos, lo hicieron recuperar la serenidad. Durante meses habían atravesado Macedonia y Tesalia y, después, cruzado los campos de olivos hasta llegar a aquel lugar, protegido por las rocas Fedríades, al amparo

de las cuales se podían distinguir en la lejanía las columnas del ansiado templo. Pero si algo había aprendido en todo ese tiempo desde su salida de Tiro era que, cuando el cansancio aprieta, es mejor no precipitarse. Ordenó entonces a Belo que buscara un lugar cercano donde dar de beber a los caballos y donde parar a comer las pocas provisiones que les quedaban.

Una vez hubieron descansado, Cadmo agarró la bolsa con la ofrenda y pidió a sus hombres que lo esperaran allí. El templo de Apolo era un lugar sagrado y él debía subir sin precipitarse, con el máximo respeto, solo y en silencio. Aún sucio y desaliñado tras el largo trayecto, Cadmo encontró el sendero que, entre los laureles consagrados al dios, conducía a la fuente Castalia, el manantial sagrado en el que todos los que pisaran el templo debían purificarse antes de hacer sus consultas al oráculo. Allí, ante el pilón de piedra rodeado de bancos circulares y bajo el trinar de los pájaros que se acercaban a beber de los pequeños charcos, Cadmo se lavó con esmero, de pies a cabeza, y, cuando estuvo listo, se atusó el cabello y la barba, suspiró con la mirada clavada en el cielo y ciñó como pudo su chitón con ayuda de un cíngulo. Una vez purificado, dirigió sus pasos hacia el templo.

La luz del sol se ocultó entre las nubes y al subir la pequeña escalinata que conducía al enclave sagrado, sintió un escalofrío, como si intuyera que aquel lugar iba a cambiar el rumbo de su destino. Del interior del santuario salió en ese momento una figura que ocultaba su silueta con una amplia túnica y su rostro bajo un manto negro. Cuando esta llegó a la altura del pebetero, donde una llama tremolaba al

compás del viento, comenzó a hablar al mismo tiempo que Cadmo se arrodillaba y alzaba la bolsa con los exvotos. La figura murmuró una especie de oración mientras tomaba la ofrenda y hacía temblar el fuego con su aliento. Su voz era profunda y pausada, lo que la dotaba de un aire de solemnidad. El joven decidió no esperar más.

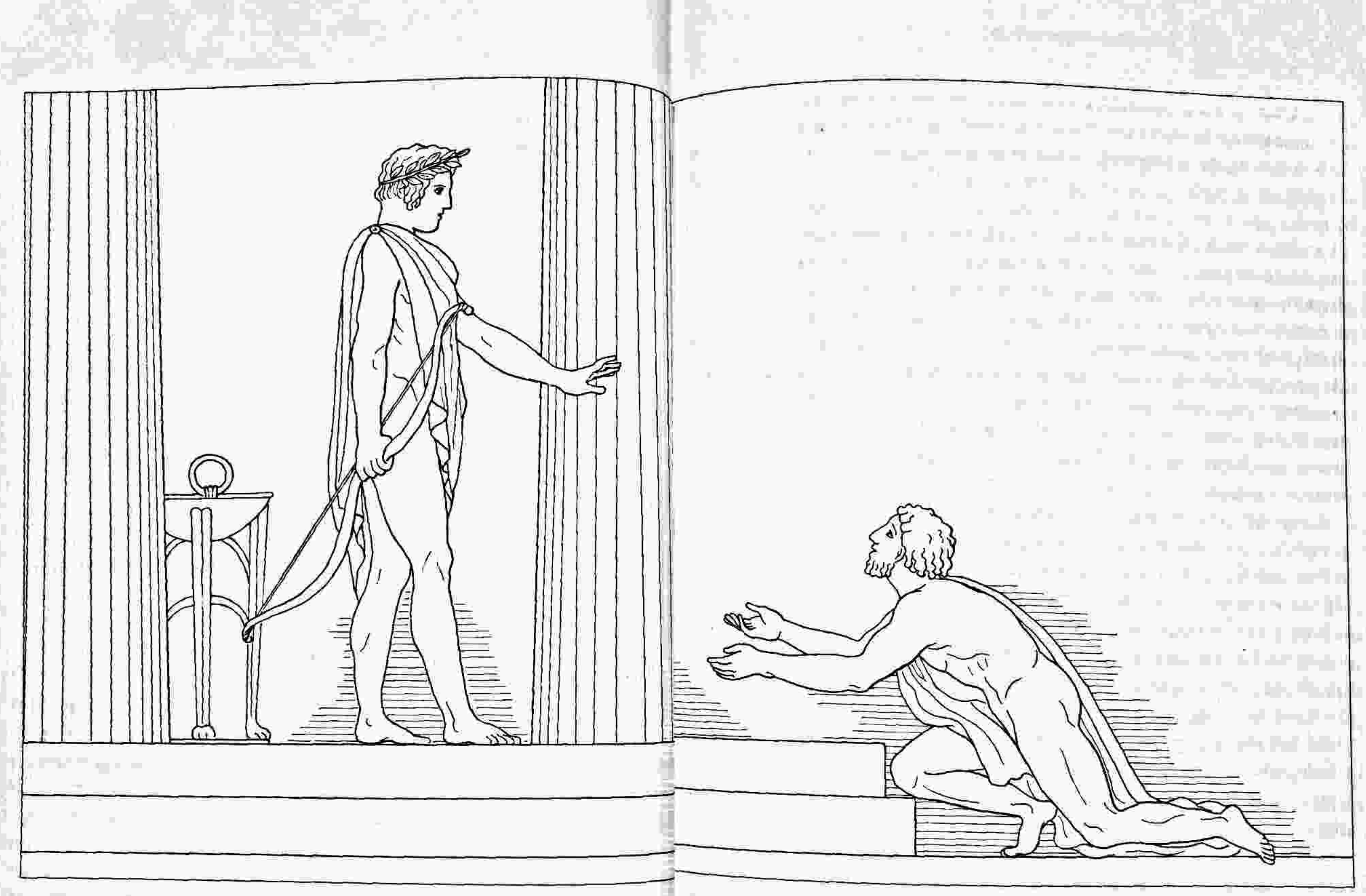
—¡Oh, voz de Apolo! Soy Cadmo, príncipe de la lejana Tiro. Tú que todo lo sabes y alumbras a los mortales con tu sapiencia, dime dónde se encuentra cautiva mi hermana Europa.

—Cadmo, hijo de Agénor y nieto de Libia y Poseidón. El largo camino recorrido no te ha hecho desistir de la promesa dada a tu padre. Mas has de saber que ya nada importa el futuro que los mortales desean para Europa, pues los dioses tienen otros designios para ella —dijo mientras degollaba la ofrenda, que emitió un último graznido—. Ha llegado el momento de que abandones su búsqueda.

El joven quedó extrañado por la orden de la pitia, pues no respondía a su pregunta y un gesto de desolación y desconcierto inundó su rostro mientras la llama del pebetero se intensificaba. La figura hurgó en las tripas del animal depositado en la mesa y miró al cielo, intentando adivinar la dirección de una bandada de pájaros.

—¿Dejar de buscarla? ¿Mas adónde iré no pudiendo regresar a mi patria sin haber cumplido el mandato de mi padre?

La pitia permaneció entonces varios segundos callada, en un trance que a Cadmo le pareció eterno. Cuando el joven estaba a punto de preguntar de nuevo, esta abrió los ojos y contestó al fin:



Cadmo rogó al oráculo que le mostrara el paradero de su hermana Europa.

—Una vaca con la luna en los costados saldrá a tu encuentro en un solitario campo. Síguela hasta que se tumbe y allí donde agotada descanse, funda tu propia ciudad.

⋄⋄⋄

Apesadumbrado, Cadmo no vio marcharse a la pitia y no supo cuánto tiempo permaneció allí, arrodillado ante el pebetero, esperando a que algún otro dato le fuera revelado. Cuando, tras el silencio, alzó los ojos de nuevo, vio que no había nadie más en el templo y que el sol ya estaba a punto de ponerse. Desconcertado por las palabras de Apolo que se repetían en su mente una y otra vez, tomó la salida del santuario dispuesto a encontrar a la becerra. Sus cuatro compañeros, que habían llevado el carro hasta el lugar indicado, lo estaban esperando.

Pasaron varios días vagando sin rumbo por los caminos de la Fócide, acercándose a los rebaños que pastoreaban o se cruzaban con ellos en las cañadas. Mientras sus hombres buscaban alguna señal en la piel de las vacas, Cadmo repasaba en su cabeza todo lo ocurrido. Pensó en su madre fallecida, en cómo sus hermanos que habían decidido abandonar la búsqueda, en la pena que debía sufrir Agénor habiendo perdido a todos sus hijos y, sobre todo, en el mandato del oráculo. Entonces, cuando alcanzaron Beocia, como si de una revelación se tratara, una becerra blanca como la nieve se cruzó en su camino. Maravillado por el encuentro, Cadmo observó que no había ningún pastor ni rebaño cerca y que aquella pequeña vaca no tenía cencerro ni signos de haber sufrido ningún yugo. Se acercó cuanto pudo hasta descubrir que en cada uno de sus costados tenía dos manchas con

la forma de la luna llena. Ilusionado, se dio la vuelta hacia sus compañeros, que le devolvieron una enérgica risa. La habían encontrado.

En cuanto Cadmo intentó tocar las marcas de su piel, la vaca comenzó a caminar. El joven la siguió, tal como le había dicho el oráculo, y se asombró al ver que el animal marchaba a buen ritmo, como si tuviera claro adónde dirigirse. Pasaron cinco días y cinco noches sin que la res dejara de caminar salvo para engullir la hierba que encontraba a su paso, y él y sus hombres la acompañaron todo el tiempo, alimentándose de lo poco que encontraban y haciendo turnos para no desfallecer por el sueño. Tras subir una colina, en el momento en que Cadmo creyó que ya no aguantaría más, vio que la vaca, agotada, levantaba sus cuernos al cielo, emitía un intenso mugido y se desplomaba sobre una explanada de hierba. No había duda: aquel era el lugar donde debía fundar la ciudad.

⋄⋄⋄

Después de hincarse de rodillas y besar la tierra señalada, Cadmo se acercó a la becerra y la acarició con suavidad para tranquilizarla. El animal jadeaba y su corazón latía acelerado por el largo trayecto recorrido. Al oírla mugir exhausta, el joven intuyó su dolor y supo que no se repondría del esfuerzo. Suplicantes, los ojos de la becerra, negros como el azabache, le indicaron lo que tenía que hacer. Agradecido, Cadmo posó la mano sobre una de las lunas de su costado y le susurró:

—Tranquila, amiga, pronto se acabará el sufrimiento... tendrás el noble final que mereces.

La vaca pareció entender las palabras de Cadmo, pues cerró los ojos en señal de aprobación mientras este daba órdenes a sus hombres.

—Buscad una fuente cercana, vamos a sacrificar esta becerra en honor a Atenea y debemos purificarnos antes.

Belo indicó entonces que, de camino, había visto un frondoso bosque donde crecían los sauces y los alisos, y que la existencia de estos árboles indicaba la presencia cercana de un río o un manantial. Cadmo lo autorizó a que fuera con el resto a buscar agua, mientras él recogía ramas para construir una pira donde prender fuego a la vaca una vez sacrificada. Tras tomar varios odres, Belo y los otros tres hombres lo dejaron allí solo y se encaminaron hacia el bosque. No tardaron en adentrarse en la maleza que, en un ambiente húmedo y fecundo, crecía al pie de las rocas y se abría camino entre la hojarasca del suelo. La luz tamizada, que se colaba a través de las espesas ramas de los árboles, dificultaba el avance del grupo en aquel lugar virgen, en el que no se percibía rastro humano. De repente, Belo se detuvo y sujetó por el hombro a uno de sus compañeros.

—¿Has oído eso? —le dijo—. Ha sido como el silbido de una víbora...

Adón no había oído nada, pero, aguzando el oído entre el trino de los pájaros que surcaban sus cabezas volando de un árbol a otro, distinguió con claridad el sonido del agua.

—¡Escuchad! ¡Es el ruido de una fuente! —dijo con entusiasmo—. ¡Vamos!

Comenzó de inmediato a dar grandes zancadas entre los arbustos y se perdió en la maleza, seguido de los otros, que compartieron su alegría. Sin embargo, Belo, que dudó

de que hubieran identificado el mismo sonido, se quedó rezagado, oteando a su alrededor, pero no logró descubrir nada. Desestimando su corazonada, oyó a sus compañeros dando gritos de júbilo y se dirigió al lugar donde estaban. Tras salir a un pequeño claro, vio a Adón y al resto bebiendo desnudos bajo una cascada que caía entre unas rocas, cerrando con sus chorros la entrada de una gruta.

—¡Acércate! ¡El agua está fresca y cristalina! —le gritaron bajo la fuente.

Belo dejó en el suelo los odres y se dispuso a desatarse las sandalias y a quitarse el chitón para unirse a sus compañeros en la poza que se formaba a los pies del manantial. Y mientras estaba allí, aflojando las correas de los tobillos, volvió a percibir el ruido que había sentido en el bosque, acompañado de un aliento fétido. Instintivamente, dirigió la mirada hacia Adón y los otros y el espanto apareció en sus ojos.

Comenzó a gritar para alertarlos, pero sus compañeros ya habían notado que no estaban solos: algo a sus espaldas había hecho oscurecer el sol y bloqueaba la corriente de agua que antes caía sobre sus cabezas. El extraño silbido se introducía dolorosamente en su oídos y, cuando se dieron la vuelta, pudieron descubrir, sin apenas tiempo para reaccionar, un monstruoso ser que abría sus fauces frente a ellos.

◇◇◇

Con ayuda de unas cuerdas, Cadmo preparaba el altar donde sacrificaría a la becerra. Había pasado cerca de una hora recogiendo ramas e intentado colocarlas de forma que aguantaran el peso del animal. De vez en cuando miraba el paisaje, dominado por bosques de coníferas, que alargaban su som-

bra sobre las colinas que se extendían a sus pies. El lugar elegido por la vaca era un sitio estratégico, un enclave perfecto desde el que se podrían controlar los caminos de acceso a una ciudad. Ensimismado, pensó en el duro trabajo que supondría levantar allí un nuevo reino, pero sintió que los dioses estarían dispuestos a ayudarlo, pues aquella empresa no había sido idea suya, ni fruto de su ambición, sino un encargo de Apolo. De repente, unos gritos a su espalda lo sacaron a la fuerza de sus pensamientos. Cuando se volvió hacia el lugar del que procedían, vio a Belo, ensangrentado, corriendo a duras penas hacia él. Su compañero llegaba descalzo, tenía el rostro desencajado y el terror inundaba sus ojos, que parecía que se le iban a salir de las cuencas de un momento a otro. Cadmo se levantó y se acercó corriendo.

—¡Los ha matado! —exclamó mientras caía en los brazos de Cadmo.

—¡Cálmate! ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Cadmo mientras observaba las terribles heridas de aquel guardia, a quien tanta estima guardaba—. ¿Dónde están los otros?

—¡Muertos! ¡Ese monstruo los ha destrozado!

Cadmo lo zarandeó e intentó que se tranquilizara. Veía el miedo en los ojos de aquel que se había convertido en su amigo, que parecía recién salido de una guerra librada en el mismísimo Averno. Tenía el cuerpo destrozado y un torrente de sangre manaba de su costado izquierdo, donde llevaba una terrible mordedura en la que se podían apreciar perfectamente tres hileras de dientes. En las hendiduras de la herida, un líquido viscoso y amarillento devoraba la carne y desprendía un olor nauseabundo. Cadmo se llevó el dorso de la mano a la boca y apartó la mirada para evitar las

arcadas. Se fijó en las fuertes piernas de su amigo, polvorientas, magulladas por las caídas y llenas de arañazos producidos por las zarzas. Lo apoyó en el tronco de un árbol, le secó la frente con la mano y le ofreció un poco de agua. Con un trozo desgarrado de su propio chitón taponó la herida, pero apenas lo hizo, la tela se empapó de sangre y el líquido amarillo empezó a corroerla.

Ambos se miraron a los ojos. Cadmo no quería que hablara, pero Belo, consciente de que no le quedaba mucho de vida, hizo un último esfuerzo y le contó lo ocurrido. Allí, en aquel bosque donde habían encontrado un manantial, habitaba un monstruo con forma de serpiente que escupía fuego por los ojos, tenía una triple lengua y era tan grande que su cabeza se elevaba por encima de las copas de los árboles. El cuerpo henchido de veneno palpitaba bajo las escamas y su fétido aliento paralizaba a quienquiera que se le acercara. Había devorado a Adón de un mordisco y, no saciado con él, había perseguido a los otros dos compañeros que, en vano, intentaban golpearlo con sus puños. Belo, armado solo con las piedras que encontró a su paso, intentó que soltara a sus amigos y se lanzó a socorrerlos, pero ya era tarde, pues el monstruo arrancó la cabeza de uno mientras con su pesado cuerpo aplastaba al otro. La fuente que habían hallado no tardó en convertirse en un río de sangre y aquella criatura, no contenta con las tres muertes que había causado, se había revuelto hacia él, arrastrando su cuerpo por la hierba, pues no disponía de otra forma de desplazarse.

—Yo... ¡no pude salvarlos! ¡No pude salvarlos!

Cadmo intentó que se calmara para que le contara el final del suceso, pero esas habían sido las últimas palabras que sa-

lieron de la boca de su compañero. Tuvo que imaginarse el resto cuando, abrazando al valeroso soldado, este inclinó la cabeza hacia atrás y murió ahogado por la sangre que subía por su garganta.

—Descansa en paz. No dudes que tu muerte será vengada.

ooo

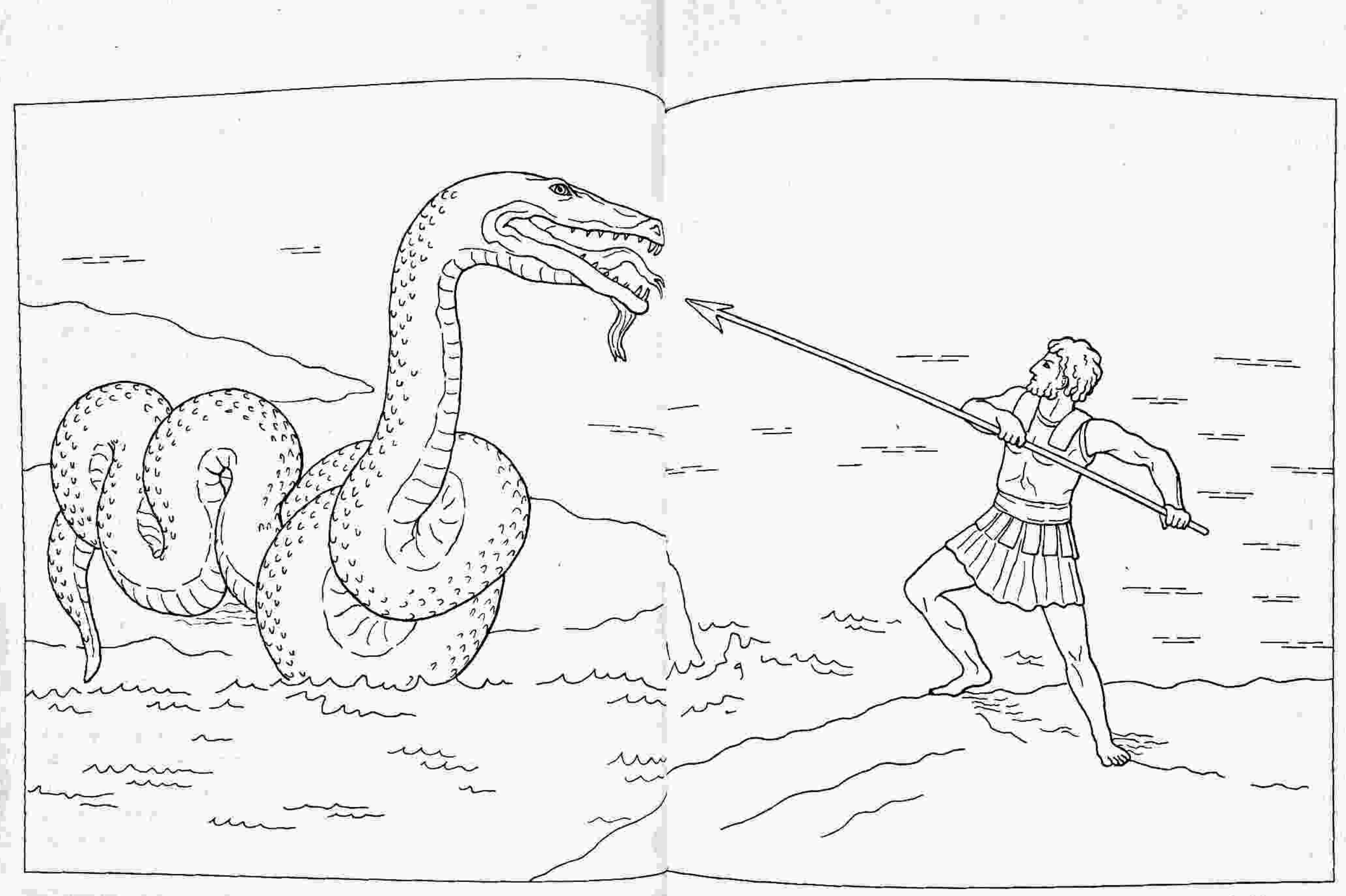
Aquel lugar no parecía la guarida de un monstruo ni mostraba signos de que hubiera habido una gran batalla. El agua caía con fluidez, monótona, salpicando las rocas donde, según el relato que había oído de boca del soldado, el dragón había devorado a tres hombres. Aquí y allá los pájaros cruzaban el lugar de una rama a otra, las flores crecían en la orilla del riachuelo que se perdía en la hojarasca y todo el ambiente estaba inundado de un gran paz y tranquilidad. Si no creyera a ciencia cierta lo dicho por su compañero, aquel idílico bosque le parecería el mejor sitio para quedarse. Cadmo miró el camino que había tomado y no tuvo dudas: las hojas recién pisadas, las ramas rotas de los arbustos, las huellas en el barro y un jirón de tela enganchado en una zarza eran signos inequívocos de que ese era el lugar al que habían llegado sus compañeros. Y aquella, sin duda, era la fuente descrita por Belo.

Siguió apretando con fuerza la lanza que se había fabricado con una dura rama en cuyo extremo había atado una punta de cuchillo y caminó lentamente hacia la cascada. Entonces pudo observar unas marcas en el suelo que hasta en ese instante le habían pasado desapercibidas. Se agachó sin bajar la alerta. Eran signos inequívocos de un animal que se arrastraba. Un poco más allá, vio unos trozos de tierra de

apenas un palmo donde no crecía la hierba y donde, intuyó, Belo había cogido las piedras con que intentó defender a sus amigos. Entre los pequeños guijarros del riachuelo que se formaba a los pies de la fuente, encontró uno de los odres, aún vacío y, un poco más allá, una sandalia. En ese momento no le quedaron dudas.

Se incorporó de nuevo y, tras respirar profundamente, decidió acercarse al agua. Poco a poco, intentando hacer el menor ruido posible, introdujo las piernas en la poza que se formaba debajo de la fuente. El agua apenas le cubría hasta la cintura, pero estaba tan fría que sintió que lo cortaban por la mitad con la hoja de un cuchillo. Decidió avanzar un poco más y esperar, pero no ocurrió nada. Percibió que los dientes le castañeteaban, así que decidió subir a las rocas sobre las que caía el agua. Estaban cubiertas de musgo y tan pulidas que parecían gemas talladas por un gran artesano. Mientras intentaba mantenerse en pie, creyó oír un silbido disimulado entre el sonido de la corriente. Armándose de valor, contuvo la respiración y notó que el extraño zumbido salía del agua. Intentado que no lo venciera el miedo, apretó la lanza y la introdujo ligeramente a través de la cascada hasta que esta chocó con algo que pareció moverse. No tuvo tiempo de retroceder.

De entre los chorros de agua salió una lengua que apenas pudo esquivar y, tras ella, un ser de enormes fauces que emitió un sonoro bufido, escupiendo su infecta saliva sobre Cadmo. Este consiguió reaccionar a tiempo y echarse hacia atrás, con tal suerte que sus pies resbalaron sobre las rocas y su cuerpo fue a parar a la poza, perdiendo la lanza. Horrorizado, vio salir al monstruo de la cueva horadada tras el agua:



Horrorizado, Cadmo vio como un ser de enormes fauces emergía del agua.

primero la cabeza, con sus ojos de fuego y sus poderosas mandíbulas, después el cuerpo alargado, cubierto de escamas azules y tan fuerte y musculoso que podía mantenerse erguido sobre las rocas. Sin quitarle ojo, se movió en el agua, de espaldas, hacia tierra firme, mientras se sumergía hasta el cuello para buscar la lanza con la mano, a pesar de que sabía que por mucha fuerza que tuviera en sus brazos el hierro no atravesaría aquella piel. Luego, rozó la lanza con un pie y se agachó un poco más para cogerla. El monstruo aprovechó para acercar sus fauces a la cabeza de Cadmo y este sintió el aliento a podredumbre que despedía la serpiente, que agitaba la lengua esparciendo un veneno tan ácido que sulfuraba al contacto con las rocas. Tras varias tentativas, rozó el arma de nuevo, la asió con fuerza, se puso de pie y corrió a tierra firme, donde creía que el dragón no podría llegar.

Para su sorpresa, el monstruo se deslizó con gran agilidad por las rocas con sus poderosos músculos y, en apenas unos segundos, lo acorraló cerrando con su cola la salida hacia el bosque. Cadmo miró a su alrededor y sintió que estaba perdido. Pero no iba a darse por vencido sin pelear. Consciente de que no tenía otra elección, alzó su lanza y gritó:

—¡Maldito monstruo del Averno! ¡Pagarás caros tus crímenes aunque matarte me lleve la vida!

Y mientras decía esto, corrió con toda su furia hacia el dragón, que abrió sus triples fauces e, irguiéndose sobre su poderosa cola mientras emitía un espeluznante silbido, se abalanzó sobre Cadmo, dispuesto a devorarlo. Sin lugar para el miedo, desafiando a la muerte, el tirio notó que el sol quedaba oculto por el cuerpo del monstruo, que erró su dentellada. Desconcertado, los ojos de fuego buscaron al mortal,

pero solo fueron capaces de hallarlo cuando este salió de debajo de su vientre, bañado en sangre y con las manos vacías. El monstruo emitió un espeluznante grito que hubiera helado la sangre de cualquier hombre, pero para Cadmo sonó tan dulce como la lira de Apolo. Triunfante e ileso, sonrió mientras miraba desplomarse al monstruo, que comenzó a rezumar espuma por la boca y emitió un último bufido que agitó las copas de los árboles. El joven se dejó caer de rodillas en la tierra ligeramente aturdido pero, apretando los puños en un signo de victoria, rio a carcajadas y bendijo a los dioses por su suerte. La lanza, puesta en alto por el tirio en el momento en que iba a ser aplastado, se había hincado en la dura piel y, ayudada por el propio peso de la bestia, había alcanzado el infecto corazón. De la herida abierta entre las escamas brotaba un manantial de sangre.

3

Los dientes del dragón

Los gritos de rabia de Ares resonaron hasta en el rincón más recóndito del Olimpo. Allí, en lo más alto del monte, entre las densas nubes que rodean la morada de los inmortales, el dios de la guerra corrió raudo a quejarse a su padre. Sentado en su trono de oro, mientras conversaba con Atenea, Zeus lo vio aparecer ante sí hecho una furia, haciendo temblar el suelo y tumbando con sus poderosos pasos cuanto se ponía en su camino Atenea, conteniendo una sonrisa al ver el malhumor de su hermano, se levantó para dejarlos solos.

—No es propio de un hijo presentarse así ante su padre —dijo el dios supremo.

—Bien sabes que no lo haría si no fuera por una razón que incumbe a uno de esos mortales con los que tanto te diviertes.

Zeus suspiró y lo miró de soslayo, como si la protesta de Ares no destacara entre las muchas que recibía a diario.

—¡Habla, pues —dijo tras soltar aire de nuevo—, para que yo pueda atender tu queja!

—Ese joven al que el oráculo de Delfos ha ayudado mostrándole el lugar donde fundará una ciudad...

—¡Te refieres a Cadmo, el tirio! —le interrumpió levantándose y asomándose a la tierra de los mortales que se extendía a los pies del Olimpo.

—¡El hijo de Agénor! Has de saber que ha tenido la osadía de dar muerte a mi hijo, el dragón que custodiaba la fuente sagrada de Beocia.

—Valor no le falta para desafiarte así, aun sin saberlo...

—¿Y vas a permitir que un mortal se comporte de ese modo sin castigarlo?

Mientras miraba el mundo, Zeus comprendió la petición que le hacía Ares, pero su pensamiento estaba ya en otra parte, en concreto en la isla de Creta. La mención a Cadmo le había hecho recordar el deseo que había sentido por Europa y la ira que su conquista había desatado en Hera. Pensó en cómo se había ganado su confianza convertido en un hermoso toro blanco y en cómo la había raptado, sin que nadie pudiera evitarlo, hasta hacerla suya en aquella porción de tierra en el sur del Egeo, donde ahora la joven reinaba.

—Mas ¿quieres que contraríe una profecía de Apolo y cree un nuevo conflicto? ¡Tú siempre buscando pelea! —dijo al fin, cuando el silencio duró demasiado.

Ares lo miró indignado. La pasividad y la indiferencia que mostraba su padre le resultó inesperada. Buscó su mirada, esperando que el todopoderoso Zeus le proporcionara una explicación más convincente, pero este se limitó a sonreír mientras alzaba las cejas con cierta condescendencia y le daba la espalda, de regreso a su trono. Este gesto sacó de quicio a Ares, que, lleno de impotencia, apretó los dientes, se dio la vuelta y salió de allí, no sin antes jurar:

—¡Algún día ese Cadmo se arrastrará como una serpiente!

Pero Zeus, que ya estaba acostumbrado a la rabia de su hijo, restó importancia al comentario, más preocupado por deleitarse de nuevo con sus dulces recuerdos. La bella Europa. Rememorar aquel capricho volvió a hacer suspirar a Zeus, que pensó en que nada alegraría más a su amada que un gesto de deferencia hacia su hermano. Volvió entonces a levantarse del trono y a asomarse al mundo en su búsqueda. Desde las alturas, lo vio arrodillado ante una pira, sin nadie a su alrededor, pues todos sus compañeros habían muerto o lo habían abandonado, y pensó en lo difícil que lo tendría para erigir él solo una ciudad. Y en ese momento, con un leve ademán mientras recogía su túnica, el dios de los dioses llamó de nuevo a Atenea.

—Ve y ayuda a ese mortal —le dijo—, no en vano esa vaca va a ser sacrificada en tu honor.

◇◇◇

Junto a la fuente en la que se había purificado antes de inmolar a la becerra para ganar el favor de Atenea, Cadmo golpeó con una roca la mandíbula de la serpiente, consciente de que era la mejor forma de extraer los dientes. A él nunca se le hubiera ocurrido que el cadáver de aquel monstruo infecto, que había dejado de parecerle peligroso, pudiera servir para algo más que para alimentar la tierra. Pero tras el sacrificio de la becerra, la diosa de ojos azules se había presentado ante él y le había mostrado el camino que debía

seguir. Precedida por un rayo de luz que hizo resplandecer el lugar donde Cadmo se encontraba, la diosa de la sabiduría había aparecido a su espalda, sobre la pira donde yacía la vaca. Al ver que las sombras se disipaban, el tirio se volvió hacia la fuente que irradiaba aquella energía, pero al intentar mirar el rostro de la divinidad, quedó momentáneamente cegado. Con los ojos cerrados, sintió que la figura se le acercaba mientras el aire se llenaba de un agradable calor. La voz de Atenea sonó dulce y agradecida, pero a pesar de ello, Cadmo no se atrevió a decir nada. Tal era la devoción que guardaba a la que consideraba su protectora que se postró y bajó la cabeza en señal de respeto. Escuchó con atención el mensaje y, cuando por fin sintió que el calor se evadía y que la intensa luz que lograba atravesar sus párpados dejaba paso a las sombras, se atrevió a alzar la vista. Entonces, comenzó a sonreír al comprobar, maravillado, que el cuerpo de la becerra había desaparecido. Mientras se encaminaba hacia el bosque dispuesto a cumplir con el mandato, las palabras divinas, rebosantes de una sabiduría inaccesible a los hombres, se repetían en la mente del joven, como si Atenea siguiera susurrándolas una y otra vez en sus oídos:

—Ve a la fuente donde diste muerte al dragón de Ares, busca sus tres quijadas y recoge la mitad de sus colmillos. Después vuelve a este lugar, traza el perímetro que tendrá tu reino y, tras arar la tierra, siembra los dientes en ella. Escóndete y espera, pues de ellos nacerá un ejército de guerreros, los espartos, hombres sembrados que pelearán hasta que solo queden los más fuertes. Los vencedores serán para siempre tus súbditos y con ellos erigirás las murallas de la ciudadela que llevará tu nombre: Cadmea.



Atenea había ordenado a Cadmo que recogiera los colmillos de la monstruosa serpiente.

Cuando tuvo todos los dientes extraídos de las fauces, los contó y separó la mitad, que llevó con cuidado, sirviéndose de la falda de su chitón, hasta el enorme rectángulo que había arado alrededor del lugar en el que se tumbó la becerra. Allí, los echó uno por uno en los huecos de la tierra horadada y se sentó a esperar tras una roca. De repente, quizás movidas por los dioses, unas nubes negras se acercaron impulsadas por el viento y dejaron caer su lluvia hasta empapar el campo sin que una sola gota se desperdiciara fuera del perímetro dibujado. Y así, al igual que crecen los primeros brotes de un abeto y las flores en primavera, comenzó a resquebrajarse la tierra, de la que pronto empezaron a surgir unas yemas sonrosadas que se fueron desenvolviendo poco a poco. Cadmo se fijó en que, lentamente, aquellos capullos se iban abriendo, adquiriendo formas óseas y carnales, y que una red de conductos, de venas y arterias que hacían circular la sangre aparecían claramente bajo la piel. Al igual que una vaina, las vértebras se fueron desencorvando hasta desplegarse en una poderosa columna que acababa en una cabeza con rasgos humanos, de la que empezaba a brotar vello. Como si fueran raíces, fuertes piernas se anclaban al suelo, mientras de los troncos, que ya podía apreciar formados en todo su esplendor, con sus costillas e incluso su ombligo, brotaban dos brazos de vigorosos músculos que, hundiéndose de nuevo, extrajeron espadas y lanzas de la tierra. Aquellos guerreros pronto comenzarían a caminar.

Temeroso que de que le hicieran daño, Cadmo pensó en cuál sería la mejor manera de que lucharan entre ellos. Estuvo un tiempo valorando sus opciones y, finalmente, aunque conllevaba un gran riesgo porque podía delatar su presencia, decidió lanzar una piedra desde su escondite. Acertó de lleno en la cabeza del más alto que, enseguida, se volvió con violencia, buscando al culpable. Sin embargo, el tirio, siguiendo su ingenioso plan, agachó a tiempo la cabeza. El guerrero se encontró entonces con el rostro de sus hermanos que, ante su actitud amenazante, se llenaron también de furia, mostraron los dientes y lanzaron un temible grito que desató el combate. Blandiendo la espada, el primer guerrero cortó de un tajo la primera cabeza.

Desnudos algunos, como atletas en la palestra, pero armados todos ellos, como feroces luchadores, los seres plantados, de los que nadie hubiera dicho que no eran humanos, comenzaron a pelear entre sí, pues tal era su naturaleza. Cadmo, asustado, agachó aún más la cabeza para no ver cómo se aniquilaban entre ellos. Sintió los golpes sobre la carne recién formada, los gritos, tan mortales como los suyos, y la sangre que, esparcida tras el roce de las espadas con la piel, llegó a salpicar las rocas tras las que él se encontraba. ¿Esto era lo que querían los dioses para su tierra? ¿Un baño de sangre que parecía no tener fin? Cadmo se sintió defraudado y aguardó durante toda la noche a que el combate cesara.

Poco a poco, notó que los golpes se hacían más lentos y se armó de valor para sacar la cabeza de su escondite. Quedaban solo cinco en pie, deambulando entre los cadáveres del resto. Se movían despacio, agotados por el esfuerzo de combatir con oponentes de su misma talla. Con los primeros despuntes del alba, Cadmo comprendió que tenía alguna posibilidad de vencerlos y decidió intervenir. Armado con piedras se acercó hasta ellos, pero nada más rozar a uno, vio que este se desplomaba al suelo. Con el resto no

hizo falta más: los cinco hombres sembrados, exhaustos y sin aliento, se hincaron de rodillas ante él.

◇◇◇

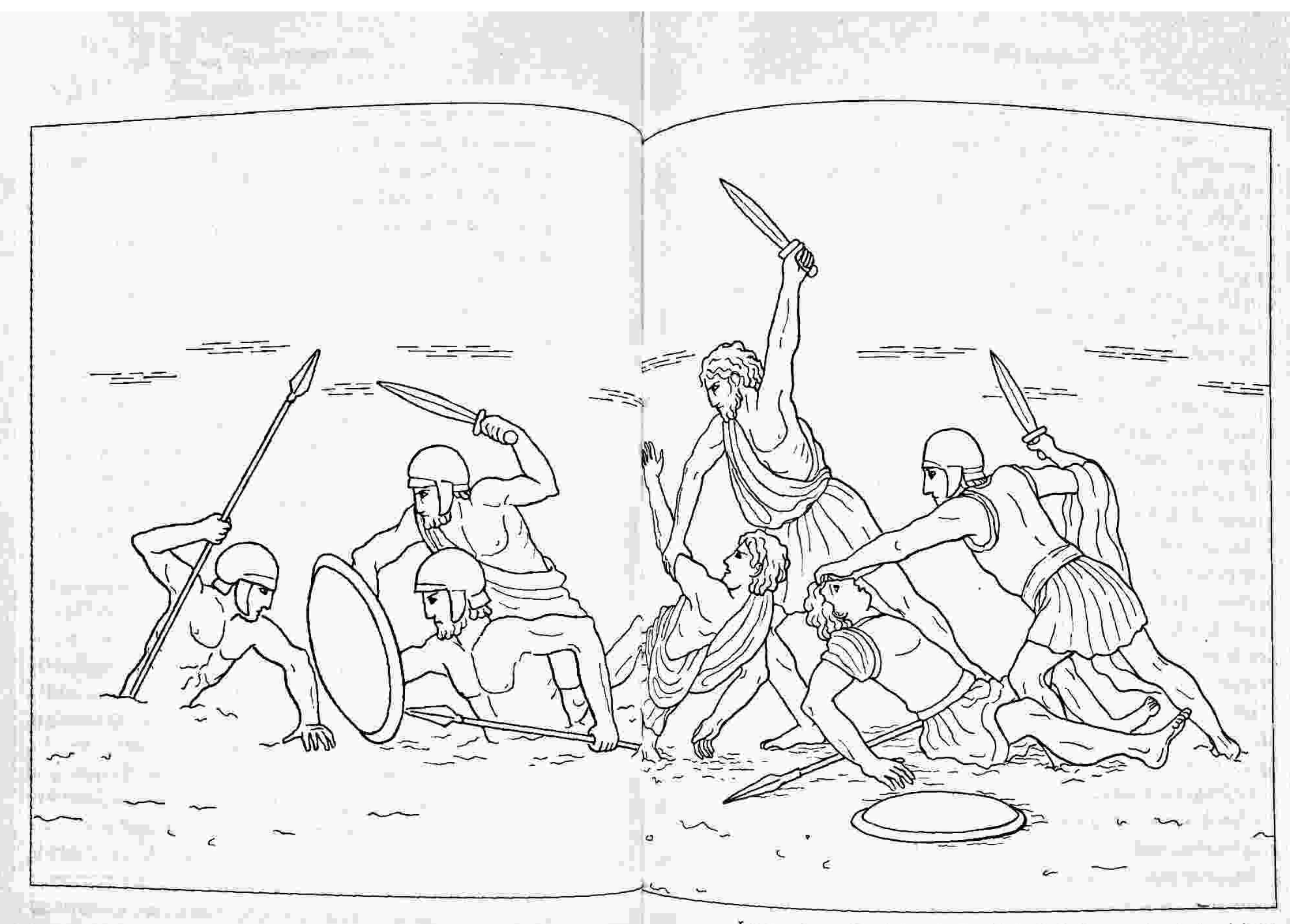
Meses de esfuerzo y trabajo empapado en sudor siguieron a aquella batalla. Aunque lo superaban en talla y musculatura, los cinco espartos parecían tan humanos como Cadmo, por lo que desde el primer día decidió darles nombre: a aquel que se desplomó primero lo llamó Udeo, quien dio notables muestras de inteligencia; al del ensortijado cabello y gran destreza, Ctonio; al de poderosas espaldas, capaz de cargar con las más pesadas rocas, Hiperénor; al de la nariz rota y temible aspecto, Peloro; y, por último, al que por carácter parecía gozar de mayor nobleza, Equión. Los cinco, unidos, mano a mano limpiaron el campo de batalla, dando sepultura a sus hermanos muertos y compactando la tierra allá donde fue necesario.

No resultó un trabajo rápido. Aquellos «hombres sembrados», como Cadmo los denominaba a veces, aún poseían muchos rasgos de su naturaleza belicosa. Habían nacido maduros y armados, como las grandes divinidades guerreras, y por sus venas corría la fuerza, pero también la furia de quien ha sido entrenado para conquistar territorios y luchar con violencia. Más de una vez, en las primeras semanas, el tirio hubo de separarlos, pues se enzarzaban en peleas a la más mínima. Tampoco en aquellos primeros días le resultó fácil comunicarse con ellos, pues apenas hablaban, más allá de algún gruñido que en ocasiones podía interpretarse como una palabra. Poco a poco, con gran esfuerzo y paciencia, mientras talaban árboles y desbrozaban el campo para

aumentar la explanada donde fundarían la ciudad, Cadmo consiguió que se liberaran de su origen y fueran poco a poco articulando frases con algo de sentido. Su lenguaje no resultaba del todo fluido, pero al menos lograban entenderse y, en apenas unas semanas, el tirio consiguió que, según sus planes, todo el terreno estuviera despejado.

Sentado en medio de la tierra vacía, Cadmo imaginó el futuro. Pensó en Tiro y en las regiones cercanas que tan bien conocía y que, a pesar del largo tiempo transcurrido desde su marcha del reino de Agénor, aún recordaba con claridad. Repasó también las islas del Egeo y las remotas tierras a las que, de camino a Tracia, había llegado en la infructuosa búsqueda de su hermana Europa. Pensó entonces en el destino que habrían corrido sus hermanos, pobres apátridas que, como él, habían sido condenados a no volver a pisar la tierra que los vio nacer. ¿Qué habría sido de Cílix y Fénix? ¿Habrían hallado a Europa o al menos un lugar que los acogiera?

Siguiendo sus sueños, Cadmo mostró a Udeo su idea de ciudadela y este lo ayudó a trazar en el suelo, con ayuda de un arado atado a un buey, las calles principales que cruzarían la fortificación. Un dromos, o corredor abierto, conduciría al palacio real, que tendría un propileo que, con sus columnas dispuestas en hileras, anunciaría la entrada principal. Junto a este se erigirían un templo, quizás dedicado a Palas, con su mégaron o salón principal, situado frente al altar. Sus paredes se decorarían con frescos en honor a las divinidades y su friso sería el más hermoso de toda la zona. Las viviendas se situarían de manera ordenada y, previendo los posibles asedios a los que una ciudad tan hermosa se



Los espartos, nacidos de los colmillos del dragón de Ares, eran de naturaleza belicosa.

vería sometida, Cadmo imaginó la construcción de una gran cisterna subterránea con la que abastecer a los ciudadanos.

Pero antes de aquella fase, era necesario fortificar la ciudad, por lo que Peloro e Hiperénor fueron enviados a inspeccionar las zonas cercanas y localizar las canteras de donde se extraería la roca con la que, aquí y allá, se levantarían los edificios que toda la región envidiaría. Cuando, tras varios días explorando las zonas cercanas, estos regresaron, hallaron una serie de cuerdas que, ancladas con palos al suelo, delimitaban el lugar que debían ocupar los muros, de tal grosor que harían Cadmea inexpugnable. Una vez localizada la piedra más abundante y más adecuada para las funciones defensivas, y diseñado el sistema para cortarla y llevarla hasta allí, Cadmo determinó que estaban listos para fortificar el terreno de la futura ciudad.

Las murallas, que con el paso de los siglos los ciudadanos considerarían erigidas por seres sobrehumanos, estaban formadas por enormes bloques de piedra que los espartos movieron juntos, uniendo fuerzas, con escasa dificultad. En los huecos que quedaron, introdujeron arena y piedras de menor tamaño. En ellas se abrieron dos puertas, sobre cuyo dintel, de más de veinte toneladas, se colocaría un tímpano decorado con esculturas y relieves. Cuando Cadmo vio erigidos los dos primeros lienzos de la fortaleza no tuvo duda:

—¡Parecen levantadas por los mismísimos cíclopes! —exclamó abrazando a sus compañeros—. ¡Nos merecemos una celebración!

Encaramados encima de una de estas construcciones, Cadmo y los espartos se fueron pasando los trozos de un asado, del que fueron dando cuenta hasta bien entrada la

madrugada. Desde allí, a la luz de luna llena que brillaba, majestuosa, sobre ellos, podían intuir la grandeza que en el futuro tendría Cadmea, a cuyos pies, si fuera necesario, podría seguir creciendo el reino. Pasaron allí toda la noche, imaginando la ciudadela una vez terminada, con su ágora llena de gente, sus mercados, su majestuoso templo y la alegría que inundaría cada rincón de sus calles. Los espartos se quedaron dormidos, pero Cadmo fue incapaz de hacerlo en toda la noche. Los ojos del joven tirio, que jamás podría regresar a su tierra natal, se llenaron de lágrimas cuando la luz del primer amanecer de Cadmea rebotó en la piedra blanca de la muralla: allí, a miles de kilómetros del lugar donde nació, construiría una nueva patria de la que sentirse orgulloso.

4

Un castigo y un premio para Cadmo

El éxito de Cadmo no hizo más que acentuar el enfado de Ares. La construcción de una ciudad en las inmediaciones del bosque donde habitaba el dragón y el uso de los dientes de este como semilla de los hombres que le ayudarían a erigir sus murallas no resultó más que una nueva ofensa. Era algo que el dios de la guerra no estaba dispuesto a tolerar. El ansia insaciable de pelea crecía en el interior de Ares y su nombre, tantas veces humillado por las derrotas a las que lo sometía con frecuencia su hermana Atenea, no podía verse una vez más mancillado por la arrogancia de un mortal. Dispuesto a exigir lo que consideraba que le pertenecía por derecho, el dios se presentó de nuevo ante su padre para que este le resarciera por la pérdida de su criatura, el dragón.

—¿Acaso no merezco ser resarcido por la muerte de uno de mis vástagos? Y más ahora que ese mortal ha utilizado sus

restos para hacer nacer a esos hombres sembrados y fundar una ciudad cerca de la fuente sagrada que custodiaba. Mas no creas que no estoy al tanto de quién le mostró la manera de hacerlo —le espetó a su padre—: tu hija Atenea, la nacida de tu cabeza, una vez más, intenta humillarme poniéndose al lado del más débil.

Zeus, que ya conocía el carácter de su hijo, causante de conflictos y guerras allá donde iba, no quiso que la cuestión llegara más lejos.

—No negaré que fue idea de ella —dijo Zeus mientras intentaba contener una sonrisa, pues el ingenio de la diosa siempre lo llenaba de orgullo.

—Más bien haría tu consentida hija en ocuparse de enseñar la artesanía a los mortales y dejar que yo me encargara de la guerra.

—No te corresponde a ti juzgar a qué debe dedicarse cada olímpico —sentenció en un tono más serio Zeus, el dios de los dioses, mientras alzaba su mano—. Pero si en algo he de darte la razón es que de alguna forma mereces ser resarcido por la muerte del dragón. Di, pues, qué es lo que deseas y tuyo será.

—Quiero que Cadmo me sirva como guerrero.

—Bien, que así sea durante un año.

—Pero... —protestó Ares antes de que su padre lo interrumpiera.

—Un año: ni un día más —reafirmó este mientras levantaba el dedo índice.

Ares hubiera preferido una sentencia de por vida, pero la decisión de su padre tampoco le parecía escasa y pensaba sacar provecho de ella. Aunque limitada, la concesión de

Zeus suponía toda una victoria para él. El dios de la guerra tendría a su servicio a un soldado valeroso al que enviaría al frente de todas las batallas que acontecieran durante el año divino en que dispondría de él.

∞

Cadmo no tardó en saber por boca de Hermes, el mensajero del Olimpo, la falta que había cometido y la furia que su acción había causado en el temible Ares. Estando una tarde solo talando árboles con los que crear armazones y carros en los que transportar arena y piedra para la construcción, una bola de luz se le había aparecido en pleno bosque y lo había perseguido hasta un precipicio donde, acorralado, el tirio había dejado de correr. Consciente de que no iba a poder huir, se había armado de valor y se había enfrentado a aquel ser que pronto tomó la forma del dios de los pies alados. «Mataste al dragón de Ares y ahora debes expiar tu culpa», le comunicó Hermes antes de proporcionarle como único detalle el tiempo de su condena y desaparecer de nuevo como una luz fugaz en el bosque.

Sentado bajo un árbol, con la espalda apoyada sobre la corteza, Cadmo esbozó una mueca de angustia al imaginar el destino que lo aguardaba. Él, que tras vagar sin rumbo por fin sabía por qué había llegado hasta aquel lugar, vería interrumpidos sus sueños durante largo tiempo, precisamente cuando tenía la certeza de cuál era su misión. ¡Qué injusta podía ser a veces la vida! Sacudió la cabeza una y otra vez contra el tronco, y hundió las manos en el suelo, por debajo de la hierba, hasta que sacó dos puñados de tierra. Los observó emocionado, consciente del enorme potencial que

aquella mezcla de arena, piedras y barro guardaba en su interior. Luego se levantó y, mirando hacia el horizonte, alzó sus puños. Tal vez los dioses lo apartaban momentáneamente del camino, pero nada podría evitar que él volviera a ese lugar para terminar de construir lo que había iniciado, pues así se lo había indicado Atenea y así debía llevarlo a cabo. Rompiendo a reír inundado por la ilusión y la esperanza, abrió las manos y dejó caer la tierra a merced del viento mientras gritaba que cumpliría su condena y regresaría lo antes posible para terminar lo empezado.

Dispuesto a asumir su destino lo antes posible, el tirio corrió a informar de lo sucedido a sus compañeros los espartos, que seguían trabajando con ahínco en los muros de la ciudad. Cuando llegó, encontró a Ctonio y Peloro colocando con gran esfuerzo la última piedra del lienzo sur, siguiendo las indicaciones de Hiperénor, que les pedía que la movieran con cuidado para que quedara alineada con el resto. Convocados por Cadmo, no tardaron en acudir Equión y Udeo, que con ayuda de un buey atado a un carro, se acercaban con un cargamento de troncos de pinos recién cortados. El tirio les pidió que parasen. Estos, tras dejar la carga, se secaron el sudor y se unieron al grupo.

—Amigos, no sabéis cuánto valoro la ayuda que me habéis prestado, mas sabed que para resarcir a Ares de la muerte de su dragón debo partir a su servicio.

Los ojos de Equión se inundaron de rabia, mientras que Peloro golpeaba una roca con el pie. Aquella noticia no podía ser cierta. La construcción había avanzado mucho, pero sin la planificación y la dirección del elegido para fundar la ciudad no podría terminarse, al menos eso opinó Ctonio.

Cadmo le puso la mano en el hombro mientras Hipérenor agachaba la cabeza en un gesto de preocupación.

—No te dejaremos partir —dijo Udeo.

—No es algo que podáis evitar —alegó Cadmo—. Pero este proyecto no debe detenerse aquí, pues yo no soy tan imprescindible como vosotros pensáis y en todo este tiempo me habéis demostrado que aprendéis con rapidez, yo diría que con la misma velocidad con que nacisteis, y así también, con determinación y fuerza, debéis enfrentaros a mi ausencia. Equión, noble amigo, a ti te hago el encargo de tomar mi lugar y dirigir el proyecto, para que cuando retorne pueda sentirme orgulloso de todos vosotros.

Equión, que había madurado tanto que ya había experimentado el sentimiento de la inseguridad humana, intentó rechazar el cargo, pero Cadmo lo convenció alegando que era el más capacitado y que le había visto resolver, a veces con mayor ingenio que él, todas las dificultades que se les habían planteado.

—¿Recuerdas quién inventó el sistema para mover esas rocas sin quebrarnos la espalda?

Equión sonrió, consciente de que su idea había servido para ahorrar esfuerzos y meses de trabajo. Dándole la mano a su amigo, mientras lo miraba a los ojos, le dijo convencido:

—Ve y parte sin temor, si así lo quieren los dioses, y yo te prometo que a tu regreso todos los ciudadanos de Cadmea sabrán a quién debe su nombre esta tierra y te honrarán con merecidos honores de rey.

Dichas estas palabras, todos los espartos rodearon a su amigo y, tras colocar sus brazos sobre él como el armazón de un barco, lo abrazaron al grito de «¡Cadmea!». Cadmo pudo perci-

bir en aquel momento que aquellos seres nacidos de la tierra que él mismo había arado y sembrado tenían un corazón tan humano como el suyo. Apenas quedaba en ellos el ansia de violencia y la sed de sangre de los guerreros y, tras meses levantando la ciudad, se habían olvidado de la batalla y estaban desarrollando sentimientos más enfocados a la construcción que a la destrucción. Nacidos para arrasar reinos, ahora ayudaban a levantar uno. Esta realidad resarciría en parte a Cadmo, quien consideró este hecho una victoria sobre el que, durante un año divino, sería su amo.

Cuando, al alba, partió hacia el camino que Hermes le había indicado, pensó en su salida de Tiro. Por segunda vez en su vida, se veía obligado a abandonar su patria sin saber si volvería algún día. Antes de comenzar a bajar la colina y alejarse de aquella tierra, volvió la vista atrás para grabar en su retina la imagen de su reino. El sol, recién nacido, le cegó la vista, pero cuando la recuperó, una sonrisa de orgullo se dibujó en su rostro. Allí, desde aquel recodo del camino, distinguió la silueta de los cinco espartos que, dispuestos en fila apoyando los brazos unos sobre otros, ya habían comenzado a trabajar y se erguían majestuosos, ocupando con sus cuerpos el hueco del muro que aún faltaba por construir.

∞

Durante su condena, Cadmo se convirtió en un feroz guerrero. Él, que había ayudado a los espartos a alejarse de su naturaleza bélica, se vio obligado a luchar al servicio del sanguinario Ares, quien lo colocó en la vanguardia de su ejército. Combatió en cientos de batallas, en los frentes más peligrosos, consciente de que en algún momento podría no

salir airoso, pero también de que en su situación le resultaba imposible desertar. Llevado por la mano del dios, que lo movió como una figura en un tablero de juego, viajó por todo el mundo, a lugares remotos de los que él ni siquiera había oído hablar. Su espalda se ensanchó por el adiestramiento y la lucha diarios, que hicieron sus músculos tan resistentes como el hierro. Su piel adquirió el color del bronce, al curtirse bajo el inclemente sol de los campos de batalla, y su cuerpo se cubrió de cicatrices, producidas por las flechas que lograban alcanzarlo y por las heridas que, en su amenazante trayectoria, le producían las espadas y lanzas de sus oponentes. Mordió la arena de áridos desiertos y a punto estuvo de fenecer en frías montañas, pero de todas las batallas salió indemne, pues el ansia por regresar a su tierra le insuflaba las fuerzas necesarias para aniquilar a cualquier enemigo.

Mientras él luchaba en la tierra, en el Olimpo los dioses contemplaban su esfuerzo con la misma emoción de quien asiste a los combates que se libran en las palestras. Zeus admiró su dominio de la espada y su valor, que lo llevaban a enfrentarse a batallones completos incluso habiéndose quedado solo. Ares lo probó en todos los frentes y, aunque al principio deseó que cayera de bruces ante el enemigo, pronto se dio cuenta de que el tirio se había convertido en una de las principales bazas de su ejército. Incluso Atenea, quien tuvo que verlo combatir en el bando contrario al suyo, elogió su arrojo en presencia de su hermano, a pesar de que lamentaba que jugara en su contra.

—Ese tirio posee el valor y la destreza de un héroe. En todo este tiempo no ha perdido una batalla —comentó ante Ares tras verlo combatir.

—Haces bien en fijarte en él, Atenea, pues será la causa de la derrota de esos pobres mortales a los que apoyas.

—Bien sabemos todos que no es por vocación por lo que combate en tu bando —se defendió la diosa—. Se percibe su nobleza desde aquí y en sus ojos veo que desearía hacerlo en el mío.

—El mortal tiene talento. Y dignidad: pocos hombres son capaces de cumplir sin rechistar ni una vez una condena divina, aunque vaya en contra de sus principios —los interrumpió Zeus haciendo uso de su autoridad para imponer un poco de paz—. Se acerca el final de su castigo, por lo que si sale airoso de esta, tal vez alguien tendría que buscar la forma de premiarlo.

Mientras simulaba seguir observando el campo de batalla, Atenea miró de soslayo a su hermano, que parecía reflexionar la propuesta hecha, con escasa sutileza, por el dios del rayo. Ares mantuvo fija su mirada en Cadmo que, a pesar de haber perdido su casco de soldado, en ese momento se dirigía de manera despiadada sobre sus oponentes con una lanza en la mano. No tardaría en ganar la batalla.

—Justo es reconocer, padre, que todo héroe merece una recompensa. Aunque matase a mi hijo, el dragón, con creces ha expiado ya su culpa —dijo comenzando a saborear la victoria.

—Pues entonces merece un premio a la misma altura —se inmiscuyó Atenea clavando su fría mirada en los negros ojos del dios de la guerra—. Por mi parte, y para que veas, querido hermano, que no tengo un mal perder, concederé a Cadmo el trono de la ciudad que fundó en mi honor.

Ares sonrió y agachó la cabeza, consciente de que por mucho que él ganara la batalla, su hermana aún intentaría

apuntarse un triunfo. Pero, por una vez, estaba de acuerdo con ella: un valeroso héroe como Cadmo merecía un trofeo a su altura.

—Padre —dijo el dios de la guerra—, permíteme que le conceda un premio aún mayor: la mano de mi hija Harmonía.

◇◇◇

Cadmo apretó los dientes y notó el sabor del sudor en sus labios. Miró a su alrededor y vio la tierra llena de cuerpos, inertes unos, otros debatiéndose entre la vida y la muerte. La herida abierta en su cabeza aún sangraba, pero tan solo tenía que aguantar un poco más e intentar no morder el polvo. Años de combates le habían enseñado que nunca hay que desfallecer, pues una guerra no está ganada mientras quede un enemigo en pie. Cuando esa idea cruzó su cabeza, vio a unos metros al grupo de oponentes que, dejando sus armas más pesadas atrás, huía con paso ligero hacia un cercano bosque. A pesar de que el enemigo se batía en retirada, no lo dudó y corrió hacia ellos sorteando los cascos y los escudos de sus compañeros derrotados. Zancada tras zancada, avanzó intentando calcular la distancia mínima que necesitaría para alcanzarlos. Entonces, sintió el corazón bombear con fuerza en su pecho, se detuvo en el lugar adecuado, visualizó el objetivo y, con toda la fuerza que le permitió su cuerpo, arqueó la espalda y se dispuso a arrojar su lanza. Pero alguien a su espalda sujetó el arma.

Debido al ímpetu, Cadmo cayó al suelo y se revolvió como un jabato para ver el rostro de quien le había impedido acabar su acción. El polvo se le metió en los ojos, pero allí, en medio de una intensa luz, creyó ver a Hermes, que le traía la noticia que llevaba años esperando: «La condena ha

expirado. Puedes volver a casa, donde, a su debido momento, recibirás tu recompensa».

Casi no le dio tiempo a reaccionar cuando, aún notando los latidos en su pecho y cegado por la visión, creyó que ya no estaba en el mismo lugar. Bajo sus pies sentía la mullida hierba y, en su rostro, el frescor de la brisa. No percibía ya el olor a sangre y muerte que acompaña siempre el campo de batalla. No oía el quejido de los heridos, ni los gritos de los atacantes, ni el choque metálico de las espadas o el silbido de las flechas surcando el aire. Cuando recuperó la vista, se sintió pequeño. Allí, en aquel nuevo lugar, se erigía una muralla en la que se abría una inmensa puerta. Se levantó como pudo del suelo y se acercó a aquellos inmensos bloques de piedra que hacían hasta cuatro veces su altura. Luego se fijó en la puerta y miró su dintel, sobre el que se distribuían varias esculturas talladas. Hipnotizado por la majestuosidad de tal construcción, avanzó hasta atravesarla y, una vez en el interior, observó el ir y venir de la gente: los mozos que arrastraban sacos de trigo y los que llevaban cestas de fruta fresca, las mujeres ataviadas con túnicas de hermosos colores que cruzaban las calles junto a sus sirvientas, los atléticos jóvenes que, sonrientes, se dirigían en grupo hacia una calle colindante.

De repente, notó que un niño de apenas cuatro años que se lo quedaba mirando. Notablemente sorprendido, el pequeño tiró de la túnica de su madre, que se volvió para observar al hombre al que señalaba su hijo. Al verlo sudoroso y polvoriento, con el rostro medio cubierto por restos de sangre seca, la mujer se le acercó y le ofreció una jarra de agua que sostenía en la mano. Cadmo la agarró y bebió como si no lo hubiera hecho nunca.



Cadmo avanzó hasta la puerta, hipnotizado por la majestuosidad de la construcción.

—Decidme dónde me encuentro —se atrevió a decir una vez saciada su sed.

—En Cadmea, forastero. En la ciudad de Cadmea.

∞

El abrazo de los espartos fue tan intenso que casi lo aplastaron entre todos. Cuando por fin lo soltaron, Cadmo pudo observarlos bien. Su aspecto y su actitud habían cambiado mucho en todo aquel tiempo y apenas quedaba en ellos rastro de su origen. En su ausencia, sus compañeros habían terminado las murallas y construido gran parte de las viviendas, con ayuda de gente proveniente de Beocia e incluso de la Fócide y Tesalia, que, poco a poco, habían ido quedándose a vivir en la ciudad. Supo Cadmo que la mujer y el niño que se había encontrado eran la familia de Peloro y que los demás también habían encontrado a sus esposas. Tan solo Equión había preferido permanecer soltero para poder dirigir sin distracciones el proyecto que le había encomendado.

—Tanto tiempo da para mucho, amigo Cadmo —le dijo en una de las torres que protegían las murallas desde donde se veía toda la ciudad—. Aquellos de allí son los cimientos del templo, que estará situado junto al palacio, en el lugar exacto que tú dejaste indicado. Mientras se construye, hemos dispuesto un pequeño altar donde hacer las ofrendas.

—No me equivoqué contigo —dijo Cadmo orgulloso de haber elegido a su amigo para que lo sustituyera—. ¿Y aquellas casas de ahí fuera? —preguntó señalando unas construcciones en la parte baja del monte.

—Lo llaman Tebas, como esas colinas. Aún no se ha construido entera y tu ciudad ya se nos queda pequeña: hay muchos recién llegados, la mayoría agricultores, que han comenzado a instalarse fuera de las murallas, para estar más cerca de las tierras de cultivo. Algún día, tu reino se extenderá hasta ahí abajo —dijo Equión con una sonora carcajada.

De camino al inmenso palacio real, que aún tenía un ala por construir, el esparto le contó cómo habían logrado hacer de Cadmea una ciudad de la que, según decían los recién llegados, se hablaba más allá de Tesalia, donde la calificaban de un lugar próspero que podría llegar a rivalizar con Atenas. Por medio de estos forasteros también habían sabido que los hermanos de Cadmo habían corrido una suerte similar a la suya: Fénix había fundado el reino de Fenicia, que se extendía por las tierras de oriente, y Cílix el de Cilicia, en la zona donde él lo vio partir por última vez, cerca del río Píramo, al otro lado de los montes Tauros centrales. Incluso Taso había echado raíces en una isla del Egeo, cercana a Tracia, rica en minas de metal, a la que había puesto su nombre. Cadmo sintió un gran orgullo por el destino que había corrido su familia, pero se entristeció al pensar que, dispersos como estaban cada uno en una punta del mundo, jamás volverían a verse. Invadido por la nostalgia, optó por retirarse a descansar, pues sería la primera vez que podría hacerlo en tranquilidad tras tanto tiempo de batallas. Equión le indicó el camino de la cámara principal, que había permanecido cerrada y sin uso esperando a que él regresara, y ordenó a los sirvientes que lo acompañaran a los baños, lo ungieran en perfume y lo vistieran con una túnica bordada digna de un rey.

Sentado en los escalones que se sumergían en la enorme piscina circular, esperó a que los sirvientes terminaran de verter una última ánfora de agua. Los observó trabajar

con diligencia y agradeció a Equión la idea. Al sumergirse, Cadmo se sintió, por primera vez en muchos años, sereno y relajado. Dentro del agua oyó las voces distorsionadas, que se alejaban por el pasillo, y contuvo la respiración. Cuando notó que ya no percibía más que el sonido del agua que caía de manera intermitente, monótona e hipnótica de un pequeño caño de la pared que simulaba la boca de un pez, sacó la cabeza y la apoyó sobre el borde de mármol. Pensó de nuevo en el reino que se construía a sus pies y aquellos otros que, tan lejos de allí, habían levantado sus hermanos. ¡Cuánto esfuerzo se ocultaba tras aquellas murallas y palacios repartidos a lo largo y ancho del mundo! Y, sin embargo, no podía evitar la sensación de que todos habían fracasado, pues en sus largos viajes por las más remotas tierras ninguno había logrado hallar a Europa, cuya desaparición había sido el origen de toda aquella aventura. Se acordó entonces de su padre, Agénor, del que apenas había tenido noticias desde que los envió a cumplir la fallida misión, y de Telefasa, que había muerto sin volver a ver a su hija. Pensó en su infancia. Sus carreras interminables siendo niño por el palacio de Tiro. Los juegos con su hermana perdida. Su periplo al mando de una expedición en busca de un toro blanco, primero, y de una becerra, después. La muerte del dragón, que supuso la ofensa a Ares y trajo consigo su condena. ¡Qué lejos quedaba ya todo aquello!

Cautivado por el vapor que emanaba de la piscina y subía con lentitud hacia el techo, observó su cuerpo desnudo bajo el agua: sus piernas, poderosas y fornidas, de marcados muslos y robustos gemelos, ya no eran las del muchacho que salió de Tiro; su piel, llena de cicatrices de guerra, podía

contar la historia de sus últimos años; sus brazos, largos y musculosos, no tenían nada que envidiar a los de los amigos que habían construido la ciudad en su nombre. ¡Los espartos! ¡Quién le iba a decir que aquellos hombres nacidos de la tierra llegarían a casarse y a tener descendencia! Algo que ni él, habiendo nacido de un vientre de mujer, había logrado aun a pesar de que ya hacía tiempo que había dejado atrás la treintena. Aclaró el agua con la mano, esperó a que se quedara de nuevo quieta y buscó el pequeño ángulo donde la luz del exterior, filtrada por una pequeña claraboya, le permitía ver su reflejo. La mandíbula ancha y la nariz rota en la batalla, el cabello, largo y oscuro, las arrugas incipientes que adornaban sus sienes... Su aspecto se había endurecido al mismo tiempo que envejecía, pero quizás aún no sería tarde para encontrar, como sus compañeros, una digna esposa con la que formar una familia. En ese momento, cayó en la cuenta de que en todos aquellos años se había olvidado del amor. Obsesionado por encontrar a su hermana y por seguir las indicaciones de los dioses, apenas había conocido a mujeres con las que gozar de los placeres que le reservaba Eros. ¡Qué vida tan desperdiciada! Había sido príncipe, explorador y soldado, y ahora tenía un reino hecho a su medida en el que tal vez podría ser feliz. Pero jamás tendría felicidad sin alguien con quien compartir su vida: no tendría un hogar sin esposa, ni reino que perdurara sin descendencia. «Puedes volver a casa», le había dicho Hermes sujetando su lanza, tras lo que había aparecido allí, en la ciudad que llevaba su nombre, y en la que los dioses le concederían, según le había anunciado el mensajero divino, una recompensa. Pero ¿de qué servían un palacio vacío y un trono en el que sentarse solo?

Atormentado por la idea de la soledad, salió del agua y se quedó pensando, cabizbajo, lo desgraciada que sería su vida. De repente, como una respuesta a su plegaria, sintió que una corriente cercana le erizaba el vello y secaba las gotas que resbalaban por su piel. Entonces, se dio cuenta de que no estaba solo: detrás de él, unas delicadas manos de mujer comenzaban a envolverlo en un suave lienzo, secando su pecho, un embriagador perfume nublaba su cerebro y unos cálidos labios se posaban sobre su hombro con la ardiente caricia de un beso. Cuando se dio la vuelta, henchido por el deseo, descubrió el gentil rostro de Harmonía, la hija de Afrodita y Ares, el regalo enviado por los dioses.

∞∞

Equión ordenó a los sirvientes que fueran descargando uno a uno los fardos de cereal y legumbres y los introdujeran en las despensas del palacio, que jamás se habían visto tan repletas de manjares, traídos de los más recónditos lugares. El hombre que se había convertido en la mano derecha de Cadmo actuaba con diligencia, revisando el cargamento, pagando a los comerciantes y eligiendo personalmente las frutas más relucientes, las aves más tiernas, los lechones mejor cebados, el aceite más virgen y puro. Durante días recorrió todas las estancias, revisando cada rincón para que todo estuviera listo. Aquí y allá, señalaba lo que faltaba y daba órdenes a todo el que se cruzaba en su camino: esas ánforas debían trasladarse a la cocina, las cortinas tenían que quedar recogidas junto a las puertas, las teas debían untarse en resina de pino y un criado se encargaría de que no se apagaran... Nada se dejaría a la suerte o la arbitrariedad. Debían

construirse grandes mesas para los invitados y encargarse un gran ajuar en el que servir los manjares del banquete. Con las mejores telas, las más suaves y las de vivos colores, se confeccionaron túnicas y peplos, a las que se añadirían bordados y ornamentos, fíbulas y brazaletes. Aquel iba a ser un acontecimiento único y no había que escatimar gastos, pues la ciudad pronto tendría una reina.

Pero la llegada de Harmonía no solo entretuvo a los sirvientes de palacio. Los preparativos de la boda ocuparon durante semanas a los ciudadanos de Cadmea, que se vieron sometidos a un ritmo frenético. Se intensificaron las obras y se terminaron a toda prisa las estancias de palacio que acogerían la ceremonia, se pintaron de rojo las paredes y el suelo se cubrió con cientos de losas, para que formaran un enorme mosaico de motivos geométricos. De las colinas de Tebas se recogieron flores blancas, azuladas y amarillas que sirvieron para decorar los salones con guirnaldas y regar de pétalos el camino que seguirían los novios. Se tejieron grandes tapices para engalanar las paredes. Un gran grupo de artesanos, entre carpinteros y herreros, se afanaron en construir sitiales para los novios y los doce tronos de oro que ocuparían los invitados más destacados: por primera vez, los doce dioses olímpicos acudirían a la boda de un mortal y una diosa. Y en honor de todos ellos se prepararía un gran banquete: hasta doscientas bandejas de plata y oro se llenaron de dulces uvas, higos, granadas y nueces, quesos aromatizados con hierbas, panes de cereales diversos y deliciosos pasteles de avena cubiertos de miel y sésamo. La víspera del evento se encargó matar cien perdices, que se servirían en salsa de almendras, y media docena de jabalíes y cabritos, que, untados en aceite

de oliva, se asarían durante todo el día. De la costa se ordenó traer ostras y pescado fresco, y hasta cien ánforas para regar con bebida los platos de la fiesta.

Llegada la luna llena, como mandaba la tradición, todo estaba listo para que la pareja contrajera matrimonio. Harmonía se preparó el día anterior desatando el cíngulo que ceñía su peplo y consagrando un mechón de su cabello a Ártemis y Hera, como símbolo de su virginidad. Tras la ofrenda, se desnudó, dejando al descubierto su intacta piel, blanca como el algodón en flor y, extendiendo sus brazos, permitió que las sirvientas la lavaran con el agua sagrada que habían hecho traer en un ánfora del ajuar de novia que solo usaría ese día. En el patio del palacio, Cadmo se cortó el pelo y ofreció unos mechones a los dioses como muestra de respeto.

Al día siguiente, antes de la puesta del sol, los cinco espartos irrumpieron en la habitación del novio mientras este acababa de vestirse con una túnica larga, decorada con finos bordados, el atuendo que había elegido para la ceremonia. Al verlos bloquear la puerta con sus enormes cuerpos, este exclamó:

—¡Amigos, sabed que hoy será el día más feliz de mi vida!

En medio de las carcajadas, y tras beber todos de una misma copa en señal de hermandad, lo levantaron en volandas y lo subieron en un carro dorado, para llevarlo ante Harmonía, que lo esperaba en unas estancias que se habían habilitado al otro lado de la ciudad. Por el camino, Cadmo sintió el calor de su pueblo, que lo aclamaba y aplaudía mientras arrojaban hojas de olivo a su paso. Las calles eran un hervidero de gente que coreaba su nombre entre la música de las flautas, que llegaba de algún lugar indeterminado. Los últimos

rayos del sol, que se ponía tras la colina, le permitieron ver el templo, que tenía casi la totalidad de sus columnas levantadas y que pronto habría que techar. Observó entonces las calles, cubiertas de pétalos, y las ventanas de las viviendas de sus súbditos, engalanadas con guirnaldas y ramas de laurel florido, cuyas sombras temblaban a la luz de las lámparas de aceite. Cuando llegaron al lugar indicado, Equión dio la mano a Cadmo para ayudarlo a bajar del carro. Este lo miró con orgullo.

—Equión, si la nobleza tuviera rostro, sería el tuyo, viejo compañero. ¡No imaginas cuánto te debo y cuánto te debe este reino!

Ambos se abrazaron, pero pronto Cadmo intentó zafarse de los poderosos músculos que lo comprimían con fuerza, pues por encima de los hombros de su amigo vio que una figura ataviada con un delicado peplo lo estaba ya esperando. Allí, rodeada de un halo que iluminaba la noche, se encontraba Harmonía, con la cabeza cubierta por un vaporoso velo que se mecía por efecto de una ligera brisa, permitiendo en escasos momentos intuir su rostro. Al mirarla, Cadmo sintió la punzada del amor. Incluso cubierta, podía apreciar la belleza de la hija de Afrodita.

La pareja subió al carro con impaciencia. Tras atravesar las calles de Tebas, iluminadas por cientos de ciudadanos que se agolpaban contra los muros portando grandes antorchas, la pareja entró en el palacio y accedió desde el patio al salón ceremonial, que irradiaba una cálida luz anaranjada. Allí, sentados en los doce tronos de oro confeccionados para ellos, estaban los doce dioses del Olimpo. Ligeramente cohibido, Cadmo los observó a todos mientras de la mano

de Harmonía avanzaba hacia el centro, agachando la cabeza ante cada uno de ellos en señal de respeto. Al paso de ambos, la fértil Deméter les sonrió e hizo abrirse las flores en los jarrones, que exhalaron su dulce fragancia, mientas Hefesto, mucho más serio, admiraba el trabajo de forja realizado en los tronos. Atenea y Hermes, que tanto lo habían ayudado y acompañado, inclinaron la cabeza en actitud de aprobación. A su lado, la bella Ártemis los observaba embelesada por la música de Apolo, que inundaba de luz la estancia y templaba con maestría su lira. Hestia, ataviada con un sencillo velo, los felicitó con dulzura al pasar mientras Poseidón se acariciaba la barba apoyado en su tridente. Al fondo, el rey distinguió al grandioso Zeus y a su esposa Hera, la protectora del matrimonio, que como símbolo de su bendición ordenó al pavo real que la acompañaba que se acercara y desplegara sus preciosas plumas ante los novios.

Al llegar al lugar de la sala reservado a la pareja, Harmonía hizo una reverencia ante Afrodita, que la miró con todo el amor de una madre, y acto seguido buscó la aprobación de su padre. El temido Ares caminó hacia la pareja, haciendo que Cadmo se estremeciera, pues, a pesar de haber expiado con creces su falta, aún esperaba algún tipo de reproche por parte del dios de la guerra. Sin embargo, este, tras besar a su hija en la frente, tomó su delicada mano y la depositó sobre la del novio. En ese momento, Zeus se acercó a los novios y, dirigiéndose primero a Cadmo y después a ambos, habló en tono solemne:

—Te entrego a Harmonía como premio a tu lealtad y tu valor. Por primera vez, un mortal adquiere el privilegio de desposar un ser divino, del que dependerá el amor y la

unidad de tu pueblo. No defraudéis al Olimpo y dad pronto descendencia a este reino que ya se conoce como Tebas.

Los dedos temblorosos de Cadmo procedieron a retirar el velo que cubría a Harmonía, para simbolizar así la transición de la novia a su nueva familia. Al hacerlo, el rey pudo por fin contemplar la belleza de su amada, digna heredera de la de su progenitora, tan serena y traslúcida que permitía vislumbrar la bondad y hermosura que ocultaba en su interior. Entonces, mientras la gasa resbalaba por los bucles del sinuoso cabello y caía al suelo con la lentitud de una pluma mecida por el viento, los ojos azules de la novia se clavaron en los de su ya esposo. Este esbozó una enorme sonrisa y tomó sus manos para besarlas, sintiendo el calor de su piel. La hija de Afrodita correspondió este gesto apoyando la cabeza en su pecho hasta sentir cómo el corazón de Cadmo latía de manera acelerada, desbordante de felicidad. Para acompañar el momento cumbre de la celebración, Apolo hizo sonar su lira y la alegría, llevada por las notas de sus dulces melodías, se propagó por la ciudad entera, que pareció iluminarse como si acabara de amanecer.

Mientras el dios tocaba, Hestia se acercó y, sin permitir que los novios soltaran sus manos entrelazadas, los bendijo con la prosperidad que merecen los nuevos hogares haciendo brotar la llama del lar en un pequeño pebetero. Tras ella, uno por uno, los olímpicos se fueron acercando para felicitar a los recién casados y hacerles entrega de sus regalos. Atenea obsequió a Harmonía con un delicado peplo tejido con maestría en hilo de oro, mientras que Apolo entregó una lira ricamente decorada a Cadmo, para que la felicidad de la música siempre inundara su casa. Poseidón quiso aportar

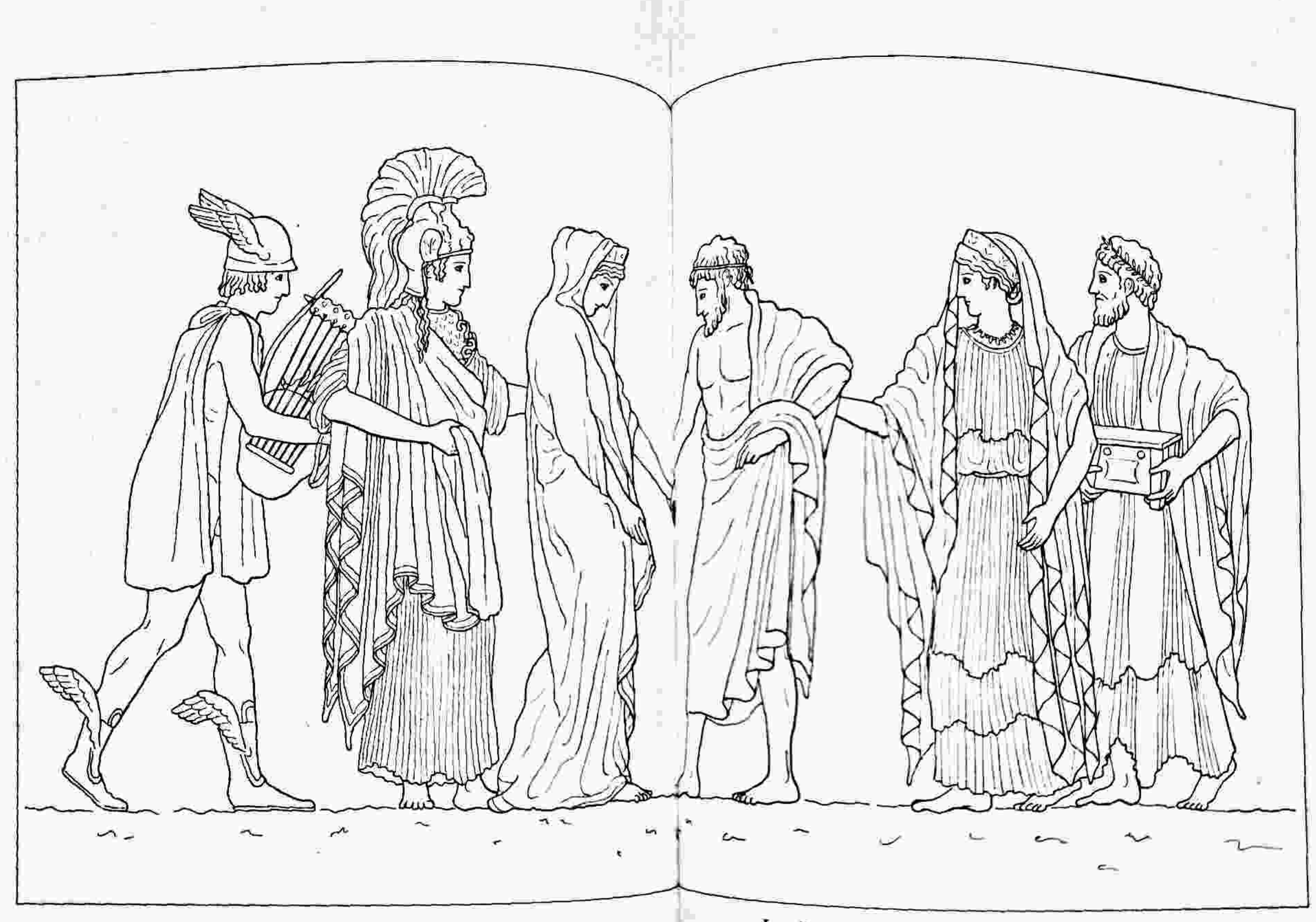
seguridad a la construcción de Tebas y prometió no hacer temblar la tierra en la región, mientras que Hermes haría florecer el comercio, que otorgaría a sus ciudadanos la prosperidad y el respeto de toda Grecia. Deméter, por su parte, garantizó la plenitud de las cosechas y Ártemis envolvió sus fronteras hasta más allá de las colinas con la frondosidad de sus bosques, ricos en fauna y frutos silvestres. Zeus velaría por ellos desde el Olimpo y Hera les concedería una prolífica descendencia. Pero sería el regalo de Hefesto el más admirado por todos los presentes.

Apoyado en su bastón, el dios de la fragua y el fuego bajó del trono y se acercó renqueante a la pareja de recién casados, justo en el momento en que Harmonía elogiaba la túnica bordada que le había hecho confeccionar Cadmo. Durante toda la ceremonia, el olímpico había permanecido con la mente ausente, obcecado en encontrar algún defecto a la artesanía del trono en el que estaba sentado. No intentó ocultar su indiferencia ante el resto, pues por todos los demás dioses era sabido que hubiera querido estar en otro lugar. No en vano, Hefesto no se prodigaba en fiestas ni grandes actos, pues prefería el trabajo al calor de su fragua. Pero en aquella ocasión, por mandato de Zeus, no había tenido más remedio que asistir a la ceremonia al lado de su esposa, Afrodita, que, con la excusa de la boda, no había tenido reparos en acercarse en más de una ocasión al dios de la guerra.

El resto de los dioses sabían que debía de ser un momento duro para él ver cómo Harmonía, fruto de la infidelidad que su mujer había cometido al llevar a Ares a su propio lecho conyugal, se casaba con un mortal. Pero no estaba dispuesto a darle a Afrodita, ni mucho menos al dios de la guerra, la

satisfacción de verlo incómodo en aquella situación. Así que esperó su turno y, cuando todos los demás dioses ya habían dado sus obsequios a la pareja, se acercó con una caja en la mano. El resto de los olímpicos, al percibir el sonido de su bastón golpeando el suelo, se apartaron para dejarle paso.

Tras felicitar a la pareja y desearles, no sin cierta sorna, una pronta descendencia, el dios tullido alargó la mano hacia Harmonía. Ilusionada, la novia vio la hermosa caja que le ofrecía Hefesto, una pieza de plata labrada con motivos florales que resplandecía con su propia luz, como si fuera el tizón de una fragua. La joven se apresuró a agradecer el obsequio, mientras lo tomaba en sus manos, creyendo que eso era todo, pero Hefesto la conminó a abrirla enseguida, pues el verdadero regalo estaba dentro. Cuando Harmonía quitó el prendedor y destapó la caja, su rostro se iluminó ante la belleza que irradiaba su interior. Emocionada y obnubilada por la joya que tenía ante sus ojos la sacó de la caja, que cayó a sus pies, tras lo que comenzó a pedir a su esposo que, por favor, se la colocara de inmediato. Mientras se recogía el cabello con una mano y sujetaba la pieza en su cuello, Cadmo procedió a abrochársela. Todos pudieron admirar entonces el collar más bello jamás creado por Hefesto. Oro moldeado con delicadeza, plata labrada e incrustaciones de gemas y piedras preciosas talladas con esmero capturaban la luz de la sala y la devolvían en una infinidad de reflejos de colores que deslumbraban a cuantos se atrevían a mirar aquella joya. Boquiabierta, Afrodita se aproximó para contemplarla más de cerca mientras elogiaba esa bella artesanía y se situaba, con gran sutileza, junto a Ares. Jamás había visto una gargantilla realizada con tanto primor por su marido.



Los olímpicos felicitaron a los recién casados y les hicieron entrega de sus presentes.

—Este es el regalo que toda reina querría lucir en su cuello, y apuesto a que sabrás conservarlo para toda tu descendencia —dijo Hefesto sonriendo sin mirar a Harmonía, mientras buscaba a su mujer en el grupo de olímpicos.

Admirados por la joya, nadie excepto él reparó en que Afrodita, sin apenas disimulo, rozaba con su delicada mano la pierna de Ares. Al igual que nadie, excepto él, sospechó que aquel hermoso regalo que resplandecía como las estrellas del firmamento sería el causante de las tragedias de toda una estirpe.

5



La desgracia de una estirpe

Las décadas hicieron de aquella tierra una de las grandes ciudades griegas, admirada por muchos pueblos, que vieron en ella un símbolo de esplendor y progreso. A lo largo de los años, Cadmo reinó buscando el bien común y atendiendo las peticiones de sus súbditos, lo que le hizo ganarse así el respeto de los ciudadanos, que se sentían orgullosos de su monarca y de haber visto crecer el reino en tan poco tiempo. Había sabido gobernar con benevolencia en los tiempos más favorables y con rigor y templanza cuando llegaron las situaciones difíciles. Los regalos de prosperidad concedidos por los dioses olímpicos habían traído décadas de paz a la región y, como consecuencia, el comercio se había intensificado y las artes, inspiradas por la música de la lira de Apolo que a veces sonaba en palacio, habían florecido como los árboles en primavera. Los tebanos tenían en gran consideración a su rey, un ser cercano, y a su reina, tan

humana y preocupada por sus súbditos que muchos habían olvidado que era hija de los dioses. Y habían compartido con ellos su felicidad cuando, poco tiempo después de la boda, había nacido su primer hijo varón, Polidoro, al que, en los años posteriores, siguieron cuatro mujeres: Autónoe, Ino, Sémele y Ágave. Todos crecieron sanos y fuertes, cada uno con su propio carácter, y sin sospechar la maldición que se cernía sobre la familia y que se mantuvo latente, como una enfermedad que se incuba con lentitud, hasta que todos tuvieron edad para casarse. Pero la prolífica y tardía paternidad hizo mella en el viejo Cadmo, que, a pesar de gozar de la simpatía de su pueblo, comenzó a sentirse cansado. Así, con sus hijos ya crecidos, tuvo la necesidad de delegar su poder. Cuando su nieto Penteo, al que había instruido para que lo sucediera, alcanzó la mayoría de edad, creyó que estaba preparado y optó por cederle el trono. Mas aquella decisión tendría sus consecuencias.

Bajo la luz taciturna del otoño, Cadmo caminó hacia el palacio real apoyándose en su bastón. Las aventuras de su juventud pasaban factura a sus rodillas, que tanto habían sufrido en su etapa de soldado, y sus huesos comenzaban a crujir a cada paso que daba, haciendo de su caminar un suplicio. Las calles del reino, largas hasta traspasar las murallas de la ciudadela original, habían crecido para conectarse unas con otras desde el norte hasta el sur, desde el este al oeste, como la red de una araña que, cada cierto tiempo, se ampliaba un poco más. Junto a su esposa, había visto cómo aquella tierra sobre la que un día se tumbó una vaca se había multiplicado de forma grandiosa, hasta tal punto que el nombre de Cadmea se usaba ya solo para hablar de su acrópolis, situada en la

zona alta, mientras que el resto ya era conocido como Tebas. Por un lado, sentía orgullo de que su reino creciera, pero por otro sufría las distancias y las incomodidades del bullicio hasta tal punto que, si no hubiera sentido aún caer sobre sus hombros la responsabilidad de vigilar las decisiones de su joven nieto, se hubiera retirado a descansar en algún lugar apacible y solitario.

En las escaleras que salvaban el desnivel del camino hacia la acrópolis, Cadmo se encontró con Equión que, a pesar de las décadas que habían aclarado su cabello, seguía manteniendo su porte de guerrero. Al verlo, el esparto le ofreció su brazo, aún poderoso, y Cadmo se apoyó una vez más en él para subir los primeros peldaños.

—Ah, Equión, viejo amigo, siempre estás cuando se te necesita —le agradeció una vez más.

De todos los espartos, había sido al que más había estimado. Admiraba su sacrificio y su lealtad, así como su determinación a la hora de continuar la construcción de la ciudad en su ausencia. Hasta tal punto lo tenía en consideración que lo había convertido en su mano derecha y, así, tras guardar silencio sobre su origen, aquel hombre nacido del diente de un dragón había gobernado la ciudad a su lado sin fallarle nunca. Sin embargo, cuando Cadmo se dio cuenta de que el fiel compañero había renunciado a tener familia para dedicarse en exclusiva a Tebas, quiso solucionarlo ofreciéndole la mano de Ágave, la más joven de sus hijas. «Así como los dioses me concedieron a Harmonía, yo te entrego la sangre de mi sangre para que puedas ser feliz, y tu bondad y buen hacer puedan ser recordados por tus hijos y nietos, que serán a la vez parte de mi propia familia», le dijo el día de su

boda. Y Equión lo había correspondido poco después dándole como nieto a Penteo, un joven impetuoso, arrogante y orgulloso, que, ante el deterioro de la salud de su abuelo, se había hecho con el trono de Tebas. El joven tenía madera de rey y, a pesar de su carácter altivo y la tenacidad que había mostrado desde niño, podía llegar a ser un buen gobernante, si no fuera porque en los últimos meses había comenzado a desoír los consejos de Cadmo para tomar decisiones injustificadas. Su negativa a dejarse guiar por la voz de la experiencia provocaba la angustia del primer soberano, quien consideraba que tal vez se había precipitado cediéndole el trono en lugar de dejárselo a Polidoro, a quien correspondía, por ser este el hijo mayor. Por si fuera poco, por Tebas se habían extendido las formas de vida, licenciosas y dedicadas a los placeres que prodigaban un grupo de hombres y mujeres. Estos se acompañaban de un carro con grandes tinajas de vino consagradas en honor a Dioniso, que compartían con todo aquel que quisiera unírseles. La embriaguez que provocaban a su paso traía como consecuencias grandes trifulcas que amenazaban con poner fin a la sana convivencia de los tebanos.

Cansado a pesar del apoyo de su amigo, Cadmo alcanzó el atrio del palacio, subió al gineceo y entró en la cámara real, donde encontró a Harmonía sentada delante de una sirvienta que la ayudaba a peinarse. Se acercó y la besó en la mejilla, como tenía por costumbre, después de mirarla unos segundos. Seguía tan hermosa como el día en que apareció, bajada del cielo, en su vida. Conservaba en su rostro los dones de Afrodita y, a pesar del tesón conflictivo que podía haber heredado de su padre, su carácter siempre había sido

todo lo contrario, conciliador, comprensivo y bondadoso. Aun así, desde las trágicas muertes de sus hijas Sémele e Ino, a Cadmo le parecía que sus ojos ya no tenían la luz de antaño y habían perdido el brillo de la alegría para dejar lugar a la inquietud y la tristeza.

—¿A qué viene ese cansancio en tu mirada? —le preguntó.

—A la desgracia que desde hace años se cierne sobre este reino —respondió Cadmo.

Harmonía suspiró tras sonreír a su marido en un vano intento por no preocuparlo. Pensativa, ordenó los pequeños botes de ungüento que había sobre la mesa y los dispuso con cuidado junto a la cajita de plata labrada que contenía el collar regalado por Hefesto. Reparó en ella y la abrió, acariciando una vez más con su dedo índice las gemas delicadamente talladas. Recordó entonces su boda con Cadmo y cómo, décadas después, queriendo que sus hijas vivieran también la dicha que ella había sentido ese día, les había cedido la gargantilla para que ellas la lucieran en sus casamientos con Equión y Atamante. Cerró la caja de golpe y se derrumbó.

—No aguanto más, amado mío —dijo sentándose al lado de su marido y buscando su abrazo—. Ayer supe que nuestra hija Autónoe se ha convertido en bacante de Dioniso y varios soldados la han visto danzando en el Citerón, fuera de sí, embriagada por ese maldito vino que perturba la mente... ¡Tan solo nuestro primogénito, Polidoro, parece ser afortunado! Dime tú, ¡oh, esposo!, ¿qué pecado he cometido para que toda nuestra estirpe sea tan desgraciada?

Cadmo la abrazó, le besó la frente e intentó calmarla.

—Las cosas mejorarán... siempre lo han hecho, ya lo verás.

—Ojalá tengas razón y la desgracia se aleje de nosotros.

Pero a pesar de los deseos de ambos, los males aún tardarían en abandonar Tebas.

∞

Mientras las nubes ocultaban las estrellas y la luna, la noche, negra como el destino, cayó con su manto sobre la acrópolis de Tebas. Un carro tirado por dos caballos con la insignia real en su frente recorrió las intrincadas calles de la ciudad hasta detenerse en las caballerizas de palacio. Allí, el estridente relincho de los corceles ahogado entre las riendas anunció la tragedia. Cadmo se levantó de inmediato de la cama y, tras asir su bastón, se dirigió al patio. Apresurando el paso desde el ala destinada a las mujeres, Harmonía, acompañada de dos sirvientas, no tardó en aparecer por el corredor del fondo. Cuando llegaron al enorme salón de los suelos de mosaico, los sirvientes ya habían hecho pasar al soldado, que permanecía en posición de descanso, con el casco bajo el brazo en señal de respeto. Cadmo intuyó el mensaje que traía y lo conminó a hablar tras sentarse en el trono. A pesar de la orden, este tardó unos segundos en responder, mientras buscaba las palabras más correctas.

—¡La desgracia se percibe en tus ojos, soldado! Habla sin tapujos, pues te doy mi palabra de que no se te culpará de las malas noticias que sin duda traes de nuevo a esta casa —dijo Cadmo.

El rostro del fundador de Tebas, que en otra época había irradiado la luz del éxito, se tornó blanquecino al oír el mensaje del soldado, que, nervioso y angustiado, con voz temblorosa a causa del dolor que sus palabras iban a infligir



Harmonía abrazó a su esposo deseando que la desgracia se alejara de su familia.

a los reyes, fue desgranando paso por paso todo lo ocurrido, intentando no dirigirles la mirada.

—Señor, habéis de saber que Penteo, aquel a quien con tanta bondad y sabiduría cedisteis el trono de esta ciudad, ha sido brutalmente asesinado.

La noticia heló la sangre de Cadmo, que aun así se mantuvo firme. Miró a su esposa, que observaba al soldado con ojos desorbitados mientras se doblaba sobre el vientre. En sus pupilas, brillantes como el cristal, intuyó las primeras lágrimas. Levantándose con gran dificultad, el rey preguntó con severidad:

—Dime, soldado: ¿quién ha osado manchar sus manos con la sangre de mi nieto?

El mensajero no pudo evitar mirar al rey de soslayo, pero en cuanto se dio cuenta de su osadía, volvió a clavar la mirada en la pared y tragó saliva antes de contestar con toda la firmeza de la que fue posible.

—¡Fueron vuestras hijas, Ágave y Autónoe!

Aunque Cadmo intentó mantenerse firme, sintió cómo la espalda se le curvaba de dolor y su peso recaía como una lápida sobre su bastón. A su lado, Harmonía lanzó un grito de angustia y comenzó a tirarse del cabello. Ante la desesperación de la reina, el soldado intentó evitar los detalles más macabros, pero Cadmo quiso oírlos todos, a pesar de que con cada palabra sentía que una garra le apretaba el corazón como un cepo.

—¡Habla, pues, ante nosotros! Y no te calles nada, puesto que no puedes decir cosa que yo ya no haya esperado que ocurriera tarde o temprano.

Entonces, Cadmo y Harmonía escucharon horrorizados el cruel destino al que había sido sometido Penteo. Esa no-

che, un pastor tebano que dormía junto a su rebaño en el monte Citerón había corrido hasta una población cercana para alertar a los guardias del terrible suceso del que había sido testigo. Despertado por las risas y el jolgorio de lo que parecía una fiesta, se había acercado hasta un llano del bosque y allí había encontrado a un gran número de mujeres que, fuera de sí, como si su mente y sus cuerpos no les pertenecieran, danzaban alrededor de una hoguera junto a un grupo de sátiros que hacían sonar sus caramillos y sus tambores. De una tinaja enorme, extraían vino, introduciendo en ella sus copas y astas de toro, que luego iban pasando de boca en boca, derramándose sobre los peplos de las danzantes, que, mojados, se hacían transparentes al contacto con la piel. Mas de repente, unos gritos aterradores le habían hecho girar la cabeza hacia un rincón del bosque, donde pudo contemplar con horror la escena que allí acontecía. Escondido entre la maleza, el pastor vio que varias ménades sujetaban a un hombre con una fuerza sobrehumana, como si estuvieran poseídas por una furia incontenible. Las primeras luces del alba y el resplandor de las hogueras cercanas le permitieron vislumbrar que no se trataba de un campesino. Por el chitón y el rico manto con el que se cubría se notaba que era noble y por la respiración acelerada que se percibía en su pecho se intuía que había intentado escapar sin éxito. Allí, rodeado por las bacantes que lo habían apresado, forcejeaba, sujeto de pies y manos. Cuando, en la refriega con aquellas mujeres, el manto cayó al suelo, el pastor pudo observar su rostro con claridad: la escasa barba que indicaba que era apenas un muchacho, los ojos que resplandecían iluminados por la hoguera, el cabello ensortijado y la promi-

nencia de la nariz y el mentón... Era Penteo, a quien había visto el día que subió al trono de Tebas.

Con las manos de las ménades cerradas como cepos sobre sus tobillos y muñecas, aquel hombre gritaba el nombre de su madre y su tía, que reían a carcajadas y parecían no reconocerlo mientras lo arrastraban como a un animal llevado al matadero. Y entonces, como si sintiera una llamada, Ágave le saltó encima cual carnicero dispuesto a desollar a su presa. «¡Madre! ¿Por qué me haces esto?», le oyó decir, resistiéndose a golpearla mientras entre todas las ménades lo tumbaban en el suelo como a un cordero. Pero sus súplicas fueron inútiles. Con una fuerza descomunal, aquella mujer le asió el brazo y apoyó su pie en el costado de su hijo. Luego, tiró de la carne hasta sentir cómo se descoyuntaba la articulación a la altura del hombro. El grito de Penteo resonó en las montañas, mientras un chorro de sangre comenzaba a brotar, pues el brazo le había sido arrancado de cuajo.

No hizo falta que el soldado siguiera, pero aun así lo hizo. Cadmo y Harmonía escucharon que, embriagadas por el vino, Ágave y Autónoe habían sido convertidas en bacantes, adoratrices de Dioniso y, en su orgía de ritos, nubladas por el alcohol, habían confundido a Penteo con un animal y lo habían desmembrado, como se desmiembra a las bestias, primero una extremidad, luego otra, así hasta hacerlo morir desangrado en medio del Citerón. El pastor confirmó que la propia Ágave pasó muy cerca de él, portando en la punta de su tirso la cabeza del noble Penteo, como quien porta el trofeo de una cacería.

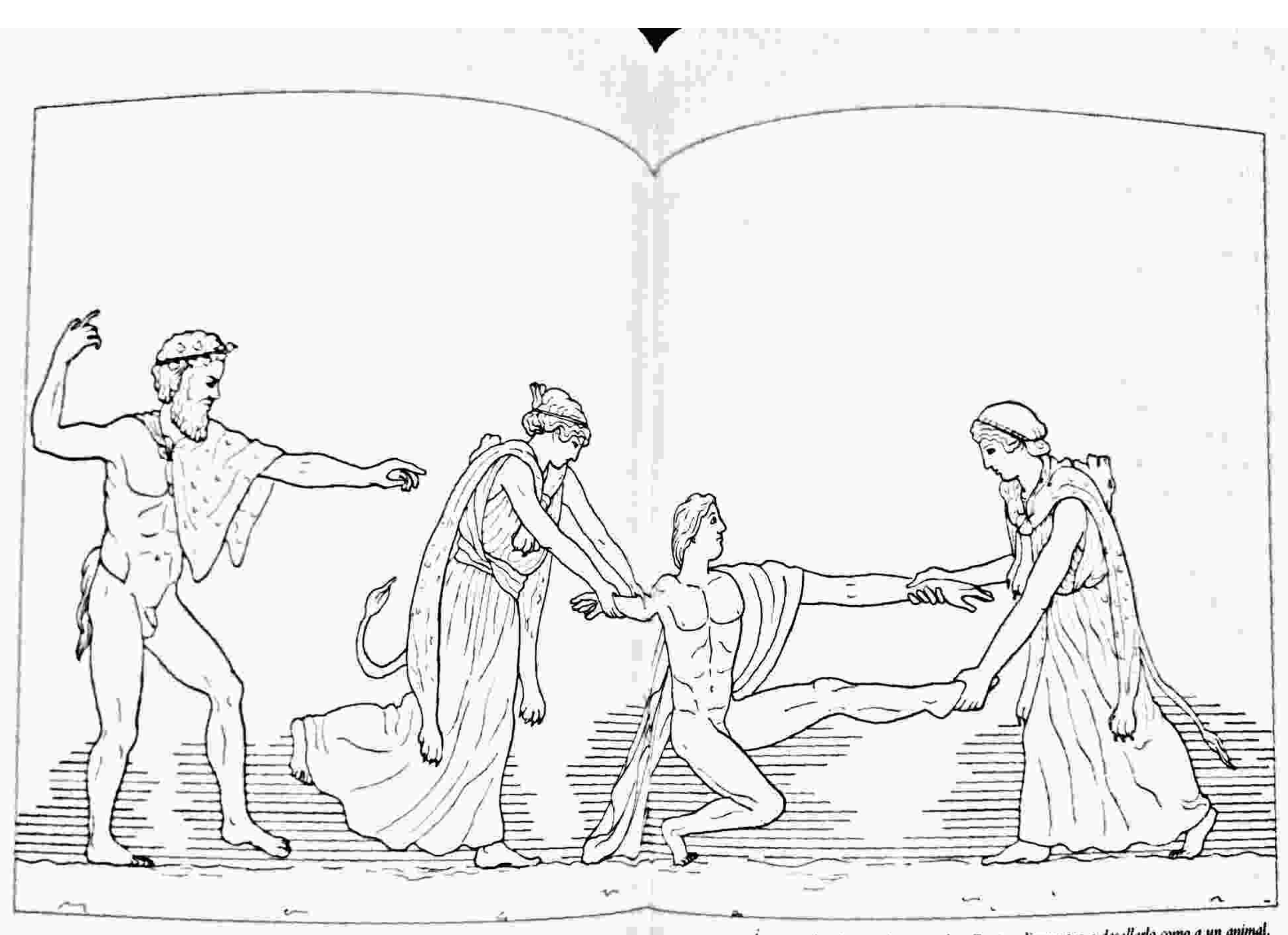
Con el rostro desencajado, Harmonía cayó de rodillas y lanzó un grito de desesperación. Cadmo se llevó las manos a

la cara, y se tapó los ojos, desorbitados y llenos de furia. ¡Sus hijas y su nieto! De nuevo los dioses castigaban con terribles acciones a su familia, que quedaba así despedazada, como el mismo Penteo.

◇◇◇

En el exterior de las murallas, bajo el crepúsculo, cogidos de la mano como el día de su boda, Cadmo y Harmonía miraron por última vez el reino de Tebas. Dioniso, al que el fundador de la ciudad había consultado tras la muerte de Penteo, había sido tajante: «Dejad el reino en manos de vuestro hijo Polidoro y marchad hacia la tierra de los enqueleos, pues solamente allí hallaréis la paz». Así, en un carro, y acompañados de varios sirvientes, el matrimonio había decidido dejarlo todo e iniciar el camino que los llevaría lejos de aquella tierra que, en las últimas décadas, solo había traído la desgracia a su estirpe.

Cruzaron los campos en dirección al norte, recorriendo amplias llanuras, pueblos al pie del Pindo y ríos de caudalosas aguas, y observando cómo, conforme se alejaban, el paisaje se hacía cada vez más salvaje. Cadmo rememoró la misma sensación de desasosiego que había sentido en aquellos años en los que, aún confiando tener éxito, buscó a su hermana por medio mundo. ¡Cuánto tiempo había transcurrido! Pero a diferencia de entonces, al menos esta vez contaba con el apoyo de su esposa, en cuyo brazo terminó por asirse cuando su bastón se quebró entre las rocas del camino. Apoyados el uno en el otro, atravesaron regiones inhóspitas pobladas por bosques vírgenes en los que nadie parecía haber penetrado. Viajaron por los caminos que las bestias salvajes



Ágave y Autónoe saltaron sobre Penteo dispuestas a desollarlo como a un animal.

habían abierto entre la maleza, bebiendo de los manantiales que encontraban a su paso y durmiendo al raso, pues apenas encontraron refugio más allá de alguna cueva al abrigo de las montañas. Aquellos rincones del mundo eran agrestes y estaban deshabitados, no había nadie a quien preguntar el camino ni ciudad que sirviera de referencia. Así, guiándose solo por las estrellas que los observaban desde el firmamento, sintieron que el reino que habían dejado atrás quedaba ya muy lejos.

Cuando llegaron a la tierra de los enqueleos, encontraron las murallas semidestruidas y las tierras de cultivo arrasadas. Olía a humo, así que Cadmo tomó de la mano a su esposa, que se tapó nariz y boca con un velo, y juntos atravesaron los campos quemados, en los que apenas se había salvado una espiga de cereal. Tras entrar en la ciudad, vieron las viviendas desvalijadas por los saqueadores, las calles vacías de hombres, que habían marchado dejando desamparados a mujeres y niños. En el aire flotaba el olor a muerte y en el rostro de los supervivientes se observaban el hambre, el miedo y la desnutrición. El país estaba en guerra con los ilirios, hecho que a Cadmo le pareció una broma del destino. Maldijo entonces su suerte, pero no tardó en descubrir por qué Dioniso los había enviado allí. Harmonía y Cadmo, que durante años habían aprendido a medrar en todos los conflictos, fueron acogidos con los brazos abiertos por el pueblo, que los colmó de alabanzas y vio en ellos una última esperanza. Hasta allí había llegado la noticia del esplendor de Tebas, una ciudad que había crecido amparada por los dioses y por su fundador, que la había gobernado con sabiduría. Fueron recibidos por algunos soldados que habían permanecido como retén para proteger a los enfermos, ancianos, mujeres y niños que quedaban allí, mientras la última batalla con los ilirios se libraba en un paraje cercano. Consciente de que vivían una situación desesperada, Cadmo se apiadó de ellos y pronunció un discurso en una de las escalinatas que todavía quedaban en pie en el palacio real.

—Soy viejo y débil para manejar la espada, pero aún no tanto como para olvidar que hay guerras que no se ganan con la fuerza sino mediante la estrategia y el ingenio. Pongo a vuestro servicio mi experiencia como soldado y como rey, pues para ello creo firmemente que los dioses me han enviado a esta tierra.

Y tras reunir a los pocos varones que quedaban los convenció de que, a pesar de que podían considerar un riesgo dejar la ciudad desprotegida, la única manera de vencer al enemigo era marchar al campo de batalla y tomarlo por sorpresa. Después, Cadmo trazó con su bastón sobre la arena su plan de ataque y, como había hecho en su juventud cuando partió en busca de Europa, dividió a los soldados en grupos. Unos atacarían con lanzas desde el flanco izquierdo, otros, con flechas desde las montañas que ocupaban el lado derecho. Y, por último, los que aún tenían fuerza, se lanzarían cuerpo a cuerpo sorprendiendo al enemigo por la retaguardia.

◇◇◇

La última hazaña del fundador de Tebas no pasó inadvertida entre los dioses. Para satisfacción de Atenea, Ares se revolvió en el Olimpo al ver cómo el viejo Cadmo, al que ya consideraba fuera de juego, vencía de nuevo en una guerra y se convertía en rey de Iliria. Pero a pesar de gozar de nuevo del

favor de un pueblo, la pérdida de sus hijas y nietos en espeluznantes circunstancias había dejado una huella imborrable en Cadmo y Harmonía y un hueco imposible de llenar por otra cosa que no fuera el dolor y la angustia. A menudo, se despertaban en su nuevo palacio empapados en sudor, gritando como posesos, prisioneros de las terribles pesadillas que los asaltaban noche tras noche. Una vez Cadmo sintió una luz que lo cegaba y su piel se calcinaba como la de su hija Sémele, y otra que lo hervían en un gran caldero, como había ocurrido con uno de sus nietos. Harmonía experimentó entre las sábanas cómo tiraban de sus brazos y piernas hasta descoyuntarla en un baño de sangre. En muchas madrugadas se sintieron perseguidos por un cazador que los alcanzaba con su lanza o sintieron que caían al mar desde un acantilado para expiar sus culpas.

Agotados, un atardecer de otoño, mientras paseaban apoyados el uno en el otro por los jardines de su nuevo reino, los dos supieron que debían poner fin a aquella tortura. Se miraron a los ojos y les sobraron las palabras para saber que estaban pensando en lo mismo. Acordaron entonces que la acción no la llevarían a cabo ellos mismos, para evitar que los dioses se enfadaran de nuevo, y que pedirían la ayuda de Zeus. Así, con grandes dificultades, se pusieron de rodillas en el suelo e invocaron al cielo con los brazos abiertos. Desde allí, el dios de los dioses los estaba observando desde su divino sitial.

—¡Oh, padre Zeus! Acaba ya con esta angustia que nos asalta a todas horas. Somos viejos y estamos cansados. La vida ha dejado de tener sentido, pues hemos visto morir a nuestra familia, ¿acaso no merecemos ya el perdón y el descanso? Permite que sobre nuestro vientre caiga nuestro peso y terminen nuestras penurias en esta tierra que nos ha acogido.

De repente, Cadmo y Harmonía vieron nublarse el cielo, sintieron un relámpago crepitar sobre las nubes, y oyeron la grave voz de Zeus, que sonó con claridad en sus cabezas.

—A ti, Cadmo, que hombre eres y que con tanta nobleza fundaste un reino, la muerte te llegará pronto. Mas a ti, Harmonía, hija de Ares y Afrodita, ¿cómo podría otorgarte el destino reservado a los mortales?

La reina, consciente de que su petición se oponía a las leyes divinas, repuso:

—Hace ya décadas que como mortal vivo, así que yo misma te ruego, ¡oh, Zeus!, que a pesar de mi naturaleza no me separes de Cadmo. Otórgame la dicha de mantenerme a su lado, pues nuestro destino se unió para siempre cuando autorizaste nuestra boda. Te pido que si la muerte no está contemplada para los dioses, nos otorgues otro destino que nos aleje de las penurias que sufrimos.

Zeus miró los ojos azules de Harmonía y el amor que aún resplandecía en ellos cuando se fijaban en su amado. Admiró la nobleza de ambos y recordó en ese momento un viejo juramento hecho por Ares aquel día remoto en que Cadmo mató a su dragón. El rey del Olimpo sonrió y, seguro de que aquel era el destino que les correspondía, alzó su dedo índice. En apenas un segundo, Cadmo y Harmonía, cogidos de la mano, sintieron que sus piernas y brazos se pegaban a su cuerpo y, como el metal en una fragua, se fundían uniéndose al tronco, mientras caían al suelo y sus pieles se cubrían de miles de escamas. Vieron sus ojos separarse y tornarse del color del ámbar, y su nariz retroceder hasta quedar conver-

tida en una ligera protuberancia. Notaron cómo su lengua se dividía en dos, sus colmillos crecían y su sangre se enfriaba. Percibieron que ya no eran los mismos y que, como seres de formas retorcidas y resbaladizas, se enroscaban, uno encima del otro, entre las hierbas del suelo. Así fue como olvidaron entonces las dificultades, la desgracia de su estirpe y todas las penurias sufridas y a cada vuelta que sus cuerpos dieron, se fueron disipando poco a poco los funestos recuerdos.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

El número de mitos ambientados en Tebas es indicativo de la pujanza que esa ciudad, la más importante de Beocia, debió de tener en época micénica. El de su fundación tiene como protagonista a un príncipe llegado de Fenicia, Cadmo, capaz de vencer a un temible dragón y, con su matrimonio con Harmonía, de unir a mortales e inmortales.

La mitología griega puede dividirse en varios grandes ciclos según la procedencia de los héroes protagonistas. Uno de los más importantes, teniendo en cuenta este criterio geográfico, es el troyano, bajo el cual es posible agrupar algunas historias que suceden en la propia Grecia, como los viajes de Ulises o el asesinato de Agamenón, rey de Micenas. Otro es el ático, con historias protagonizadas por el rey de Atenas Teseo, el vencedor del Minotauro de Creta, entre otras grandes gestas. Y está también el tebano, más destacado aún si cabe, pues en él se inscriben personajes como el héroe Hércules, los trágicos reyes Penteo y Edipo, e incluso un dios, Dioniso. Todos ellos eran hijos de Tebas, «la de las siete puertas», como la llamaban los poetas épicos y trágicos, una ciudad que en la Antigüedad llegó a rivalizar con la propia Atenas en cuanto a pujanza e influencia política, aunque hoy, gris, pequeña y anónima, apenas deje entrever lo que fue. El mito de Cadmo es el de su fundación. O mejor dicho, el de su acrópolis o ciudadela, la Cadmea, núcleo que los gemelos Anfión

y Zeto, hijos de Zeus y la bella Antíope, extendieron y amurallaron. Siempre según esta tradición mítica, se creó así la ciudad baja, bautizada como Tebas por el nombre de la esposa de Zeto, Tebe.

¿UNA FUNDACIÓN FENICIA?

Las líneas fundamentales del mito de Cadmo aparecen en manuales como la *Biblioteca mitológica* atribuida a Apolodoro de Atenas (siglo II a.C.) y las *Fábulas* del romano Cayo Julio Higino (64 a.C.-17 d.C.), así como en la *Descripción de Grecia* del geógrafo Pausanias (siglo II d.C.). Sus versiones solo difieren en pequeños detalles, como el buey, y no la vaca, que en Higino es el encargado de conducir a Cadmo hasta el lugar en el que deberá fundar lo que será Tebas. En cambio, el origen fenicio del hijo de Agénor no es discutido por ninguno de esos autores. Más aún, Pausanias cree necesario insistir en ello con razones filológicas a fin de desmentir a quienes defienden una procedencia egipcia. La prueba, según él, es una imagen de Atenea ofrendada por el propio Cadmo: «A la opinión de los que consideran que Cadmo, el que vino a la tierra tebaida, es egipcio y no fenicio, se opone el nombre de esta Atenea, porque se llama Onga, en lengua fenicia, y no Sais, en la lengua de los egipcios».

Ahora bien, ¿de verdad fue Tebas una fundación fenicia? La idea resulta atractiva, pues supondría establecer un nexo entre el Levante mediterráneo y la Grecia continental, posiblemente a través de islas como Creta y Tera (actual Santorini), cuyas relaciones con Fenicia, y también con Egipto, están atestiguadas en época minoica (2700-1450 a.C.). La arqueología, sin embargo, viene a desmentir el mito: las excavaciones realizadas hasta la fecha en la acrópolis tebana, la Cadmea, no han encontrado nada que indique ese origen. Sí, en

cambio, un gran palacio micénico de finales del siglo XIV a.C. Un área residencial decorada con frescos y otra administrativa con archivos, además de talleres y almacenes conformaban este recinto, que a pesar de no ser tan imponente como los de otras ciudadelas micénicas, especialmente Micenas y Tirinto, sí contaba con un poderoso anillo de muralla, como mínimo acorde con la tradición mítica. El mismo no impidió que la ciudad fuera destruida poco antes de la guerra de Troya, hacia el 1200 a.C., sea por causas naturales como un terremoto, sea por una expedición militar que, si hacemos caso del mito de los siete contra Tebas, bien pudo llegar de la peloponesia Argos.

De lo que no cabe duda es de que, hasta su abrupto final, Tebas debió de ser un centro comercial de primer orden, pues en sus archivos se han encontrado sellos de procedencia asiria, babilonia, minoica y chipriota. Igualmente, las excavaciones han sacado a la luz tablillas en Lineal B (el sistema de escritura silábico usado para el griego micénico) en las que se lee el topónimo *te-qa*, del que deriva nuestro «Tebas».

Nada de esto, sin embargo, indica un origen fenicio para Tebas ni para su fundador. Esta adscripción de Cadmo parece ser relativamente reciente, de hacia el 650-550 a.C., y haber surgido en Mileto (Asia Menor), cuyas relaciones con las ciudades comerciales fenicias se hallaban entonces en su apogeo. Un Cadmo fenicio podría de este modo justificar la introducción en Grecia de una de las más revolucionarias invenciones de ese pueblo: el alfabeto, desarrollado en fecha incierta, pero no antes del siglo XI a.C. Si se tiene en cuenta que, según las genealogías, Cadmo es cinco generaciones anterior que Hércules o que el historiador griego Heródoto (484-425 a.C.) estimaba que vivió unos 1600 años antes que él, el hijo de Agénor como mucho podría haber aportado un sistema de escritura jeroglífico como el egipcio o silábico como el Lineal A cretense, este aún por descifrar.

Ógigo, el otro fundador de Tebas

En la mitología griega, Cadmo no es el único candidato a fundador de Tebas. Pausanias recoge una tradición de Beocia (la región sobre la que gobernaba la ciudad) que habla de un rey autóctono llamado Ógigo, «por el que la mayoría de los poetas le dan a Tebas el nombre de Ogigia». De hecho, una de las famosas siete puertas de la ciudad tenía ese nombre, Ogigia, aún en época histórica. Otro autor, el romano Marco Terencio Varrón (116-27 a. C.), en su obra *Tópicos de agricultura*, afirmaba que «la más antigua de todas las ciudades es por tradición una griega, Tebas de Beocia, fundada por el rey Ógigo». Y para que quedara claro, añadía la fecha de tal suceso: «Fue hace unos 2100 años, antes del diluvio». El nombre de Tebas, siempre según Varrón, vendría dado no por el fundador (ni, como otra tradición afirma, en homenaje a Tebe, la esposa de Zeto), sino por la propia peculiaridad del terreno, pues esos autóctonos llamaban a las colinas «tebas». Fuera de estos datos, todo lo que rodea a Ógigo es oscuro, incluido su origen, pues hay quien lo hace hijo del dios de los mares Poseidón y quien lo hace descender de Beoto, el héroe epónimo de Beocia, tradición esta que contrasta con una etimología popular por la cual el nombre de la región significaría «país de la vaca», en clara alusión a la profecía délfica que ordenaba a Cadmo seguir a ese rumiante. Y hay, todavía, otra tradición que ve en Ógigo el padre del mismísimo Cadmo, quien no sería por tanto un príncipe fenicio, sino uno autóctono.

UN MITO RELACIONADO CON LA TIERRA

Pero el mito cadmeo tiene otros elementos interesantes, como su profunda relación con todo lo que tiene que ver con la tierra. Ahí está la muerte del dragón o serpiente de Ares, que relaciona a Cadmo con Zeus en su lucha con Tifón, la última criatura nacida de Gea (la Tierra primordial), o con Apolo y Pitón por la posesión del santuario de Delfos. En todos estos casos, se trata de acabar con un monstruo que altera el orden del mundo querido por los dioses olímpicos. Pero en el de Cadmo el episodio no acaba con una destrucción, sino que se ve completado por un nacimiento: el de los *spartoi* u «hombres sembrados» surgidos de los dientes de la bestia tras ser plantados en la tierra. Sus nombres parlantes son particularmente expresivos: Equión («víbora»), Udeo («de la tierra»), Ctonio («del suelo»), Hiperénor («el hombre que surge») y Peloro («serpiente»). Los cinco representan una especie de casta militar al servicio del rey fundador y sus descendientes. En época histórica, todavía el general Epaminondas (h. 418-362 a. C.), el protagonista del último resurgir de Tebas antes de su destrucción a manos del rey macedonio Alejandro Magno (356-323 a. C.), se declaraba descendiente de esos espartos, según testimonio de Pausanias.

No acaba aquí la vinculación ctónica del mito: al final, Cadmo y su esposa Harmonía son transformados en serpientes. La concepción negativa del monstruoso reptil de Ares del que surgen los espartos es sustituida aquí por otra inequívocamente positiva, pues la serpiente era también para los griegos un animal sagrado, un símbolo de vida por su conocimiento de los secretos de la tierra de la que surge y en la que vive. No en balde, el dios de la medicina, Asclepio, la llevaba en su vara.

Cadmo, en definitiva, fue considerado ya desde antiguo un sabio. Y no solo por esa atribución tardía de la escritura o, según Higino,

por ser «el primero en guardar el bronce que había encontrado en Tebas», sino por la experiencia acumulada a lo largo de su vida como fundador de una próspera ciudad y como gobernante ecuánime. En este sentido, resulta interesante una etimología de su nombre propuesta por algunos autores: Cadmo vendría de la palabra griega *kósmos*, que significa «orden del mundo». Si se tiene en cuenta que el nombre de su esposa Harmonía se relaciona con conceptos como «concordia», «equilibrio» o «unificación», o que a la boda de ambos asistieron por vez primera y de forma conjunta hombres y dioses, mortales e inmortales, queda claro que el mito alude a la integración armoniosa del universo, con Tebas como centro. Mas si algo nos enseña la desdichada historia de la ciudad, la mítica y la real, es que esa unión no estaba destinada a ser duradera.

«TE TORNARÁS DRAGÓN»

La literatura abunda en obras inspiradas en los mitos tebanos, tal es la fuerza de sus historias y de sus personajes. Basta pensar en todo lo relacionado con la figura del rey Edipo, asesino de su padre, esposo de su madre y hermano de sus hijos. El de la fundación de Tebas, sin embargo, no tiene tanto relieve. Uno de los que lo trató fue el beocio Píndaro (h. 518-438 a.C.), quien en su tercera oda *Pítica* recreó las bodas de Cadmo y Harmonía: «Y los dioses yantaron a la mesa de entrambos, y ellos vieron a los hijos de Crono, reyes soberanos en sillas de oro, y presentes de boda recibieron, y tras haber logrado de Zeus el favor a cambio de pasadas aflicciones, su corazón alzaron». La escena se hizo tan popular que está presente en numerosos vasos de cerámica pintada, como en un ánfora ática de figuras negras del siglo VI a.C.) debida al pintor Diosfos.



La celebración de la boda entre Cadmo y Harmonía fue recreada en el siglo VI a.C.) por el pintor Diosfos en esta ánfora de figuras negras que encontramos en el Museo del Louvre de París. En esta pieza, la pareja aparece abriendo el cortejo nupcial montada en un carro uncido a dos jabalíes y acompañada por el dios Apolo tañendo su lira.

También el trágico Eurípides (h. 484-406 a.C.) se hizo eco de esa celebración en *Las fenicias*, y no solo de ella, sino de todo el mito cadmeo en unos versos cantados por el coro que contraponen la dicha de aquellos tiempos primigenios con el horror de la guerra fratricida que enfrenta a los hijos de Edipo. En *Las bacantes* del mismo autor aparece un Cadmo anciano que ha cedido el trono a su nieto Penteo y que asiste impotente a la lucha de este con otro de sus nietos, el temible dios Dioniso. Este, al final de la obra, decreta que Tebas debe ser purificada y profetiza el destino de Cadmo: «Te tornarás dragón y Harmonía, tu esposa, con la cual, hija de Ares, casaste, aun mortal siendo, su forma cambiará volviéndose serpiente; y, como un vaticinio de Zeus dice, con ella un carro por terneros tirado llevarás, serás jefe de bárbaros e incontables ciudades devastarás con gran tropa [...]; pero a Harmonía y a ti os ha de salvar Ares, que os dará eterna vida allí donde habitan los Bienaventurados». De poco sirven las resignadas quejas de Cadmo: «Los dioses no debieran sentir pasión humana», se lamenta. A lo que Dioniso responde: «Ya hace tiempo que el padre Zeus tal hado os fijó».

Pero la creación literaria más elaborada sobre Cadmo no se expresa en griego, sino en latín, pues es obra del romano Ovidio (43 a.C.-17 d.C.). En su largo poema *Metamorfosis* evoca las aventuras del hijo de Agénor desde que abandona Fenicia para ir en busca de su hermana Europa. Los elementos fantásticos de la historia brillan con especial fuerza en estos versos, como cuando los hombres de Cadmo se topan con el dragón de Ares, una bestia «reconocible por su cresta de oro» y cuyos «ojos centellean con fuego» y sus dientes se yerguen en triple hilera. «En un santiamén se abalanza sobre los fenicios: aprestábanse unos al combate, otros a la fuga, a otros el temor les impedía ambas cosas; a estos los mata a mordiscos, a esos con largos abrazos, a aquellos con su aliento, peste de funesto veneno». Cadmo, armado con «una lanza de hierro reluciente, una jabalina y un valor que vale más que cualquier arma», corre a enfrentarse al monstruo, al que vence después de una lucha descrita con aliento épico. Al final, una vez la criatura yace sin vida, el héroe escucha una voz que le profetiza: «¿Por qué miras, hijo de Agénor, la serpiente que has matado? También tú serás serpiente y te mirarán». Y así será. Ya anciano, Cadmo, después de una existencia feliz al lado de su esposa, respetado como padre y gobernante de la ciudad por él fundada, advierte que «hay que esperar siempre el último día de un hombre, y a nadie se debe llamar afortunado antes de la muerte y de las honras fúnebres». Es entonces cuando él mismo se metamorfosea en reptil ante la atónita mirada de una Harmonía que, lejos de huir, «acaricia el resbaladizo cuello de la encrestada serpiente y de pronto son dos y van reptando con sus cuerpos juntos, hasta que penetraron en los escondrijos de un bosque cercano. Todavía ahora ni huyen del hombre ni le hieren, y como pacíficas serpientes se acuerdan de lo que fueron antes». El gran poeta del amor que fue Ovidio late con fuerza en este pasaje.

LA LUCHA DEL HOMBRE CON LA BESTIA

Igual que pasa en literatura, la fuerza dramática y plástica de otros mitos del ciclo tebano ha provocado que el de Cadmo no haya despertado tanta atención entre los artistas. Por supuesto, hay excepciones, sobre todo en época clásica. Así, motivos como el de la lucha con el dragón de Ares son relativamente abundantes en los vasos griegos. Está presente en piezas como un ánfora de figuras negras del siglo VI a. C.) de Eubea; en una hidria de figuras rojas del siglo V a. C.) de Vulci, que muestra al héroe espoleado por Atenea en su lucha, o en un cáliz también de figuras rojas de mediados del siglo IV a. C.) y procedente de Paestum, en el que se ve al monstruo en su cueva y a Cadmo aprestándose a tirarle una piedra.

La violencia y dramatismo de este tema fue convenientemente tenida en cuenta por los artistas del Barroco. Un buen ejemplo de ello es la tela *Dos compañeros de Cadmo devorados por el dragón*, del holandés Cornelis van Harleem (1562-1638), en la que con todo detalle se ilustra el momento en que el monstruo hunde sus garras sobre el cuerpo sin vida de una de sus víctimas a la vez que clava sus fauces sobre la cabeza de otra. El también holandés Hendrik Goltzius (1558-1617) prefirió representar el momento de la lucha de Cadmo con un dragón que más parece una hidra de varias cabezas. Al recrearse en el paisaje en el que se desarrolla el enfrentamiento entre el héroe y la bestia, el italiano Francesco Zuccarelli (1702-1788) consiguió evitar la efusión de sangre tan molesta para la nueva sensibilidad rococó. Un momento posterior, el de los sembrados, es el que recoge el flamenco Jacob Jordaens (1593-1678) en su *Cadmo y Minerva*.

En época más moderna, destaca el *Cadmo y Harmonía*, de la inglesa Evelyn De Morgan (1855-1919). Siguiendo de cerca a Ovidio,

Índice